

*Bajo el signo de Sagitario. La visión europea del poder español (siglos XVI-XVII) **

CARLOS GÓMEZ-CENTURIÓN JIMÉNEZ

«¡Qué libelos infamatorios, qué manifiestos falsos, qué fingidos Parnasos, qué pasquines maliciosos no se han esparcido contra la monarquía de España!»

D. DE SAAVEDRA Y FAJARDO: *Idea de un Príncipe político-cristiano*

I. INTRODUCCIÓN

1. EL PROBLEMA DE LA IMAGEN DE ESPAÑA: LA LEYENDA NEGRA

Las últimas encuestas de opinión acerca de la imagen de España en el mundo, realizadas con motivo de los actos celebrados en conmemoración del V Centenario del Descubrimiento de América, han arrojado un resultado, no por esperado, menos decepcionante. A pesar de la afluencia masiva del turismo extranjero en la cuatro últimas décadas, de la simpatía que en casi todo

* El presente trabajo fue presentado originalmente como comunicación en el *III Seminario de Historia Moderna de España: España y Europa, ¿iguales o diferentes?* que, dirigido por el profesor John H. Elliott y organizado por la Fundación Duques de Soria, se celebró en Soria entre el 19 y el 23 de julio de 1993; debo agradecer a todos los participantes en el Seminario las múltiples observaciones que me fueron hechas y que han contribuido a enriquecer y mejorar el texto. Asimismo, reiterar mi más sincera gratitud y cariño a M.^a Victoria López-Cordón, Juan Sánchez Belén, Javier Gil Pujol y Carmen Sanz Ayán que se leyeron pacientemente el manuscrito y me llenaron la cabeza de nuevas ideas.

el mundo ha despertado el proceso de transición política española y de las intensas campañas de imagen lanzadas por el gobierno español durante los últimos años, la pervivencia de los estereotipos tradicionales acerca de España y los españoles –sobre todo en el mundo anglosajón– ponen de relieve la enorme lentitud y dificultad con que los prejuicios y las imágenes distorsionadas sobre nuestro país van transformándose y perdiendo la fuerza de que han disfrutado durante siglos.

La España negra e intolerante, la España profunda, rural, flamenca y atrasada persiste en la imaginación y en el inconsciente del resto de los europeos con una vigencia desconsoladora. La leyenda negra ha llegado a ser base de referencia obligada para el origen de esta imagen estereotipada, marcada por una general negatividad y una unanimidad internacional que aún es parcialmente efectiva.

Julián Juderías definía así el término leyenda negra, acuñado por él en 1913:

«Por leyenda negra entendemos el ambiente creado por los fantásticos relatos que acerca de nuestra patria han visto la luz pública en todos los países, las descripciones grotescas que se han hecho siempre del carácter de los españoles como individuos y como colectividad... las acusaciones que en todo tiempo se han lanzado contra España, fundándose para ello en hechos exagerados, mal interpretados o falsos en su totalidad...»¹

En su versión más extrema y elaborada, la conclusión de esta leyenda sería la de que los españoles nos hemos manifestado a lo largo de la historia como seres singularmente crueles, tiránicos, oscurantistas, vagos, fanáticos, codiciosos y traicioneros, diferenciándonos tanto del resto del mundo civilizado por estos rasgos, que tanto nosotros como nuestra historia deben ser examinados y entendidos dentro de unas coordenadas completamente distintas a las consideradas para otros pueblos. Y en su variante más tardía, contemplaría a España como estereotipo de la **antimodernidad**.

Después de 80 años durante los cuales el término ha disfrutado de una indudable fortuna, en la última síntesis escrita sobre el tema, el historiador Ricardo García Cárcel abogaba por su definitiva supresión. Igual que ha existido una leyenda negra antiespañola –nos dice García Cárcel–, ha existido una leyenda rosa de carácter apologetico: «Contenciosos históricos o rivalidades coyunturales han agriado la imagen de tal o cual país por parte de sus vecinos... España nunca ha sido sujeto paciente exclusivo de filias o fobias ajenas. Tener esa idea no deja de ser una conceptualización narciso/masquista de nuestra propia identidad»².

¹ J. Juderías, *La Leyenda Negra. Estudios acerca del concepto de España en el Extranjero*, Barcelona, 1943 (9.ª ed.), pp. 15-16.

² R. García Cárcel, *La leyenda negra. Historia y opinión*, Madrid, 1992, pp. 16-17.

Y no le falta en gran parte razón. Resultaría infantil y ridículo continuar pretendiendo que durante siglos haya existido una conjuración internacional contra España, empeñada en su sistemática denigración y desprestigio. Pero tampoco se puede eludir el hecho de que la representación exterior de España ha sido más poderosa, más continua y más negativa que la de sus países vecinos. Fue, claro está, el precio que hubo que pagar por el sistema hegemónico que la Monarquía Católica de los Habsburgo madrileños detentó durante el siglo xvi y gran parte del xvii, y por la subsiguiente tendencia al aislamiento histórico de un nación que se vio a sí misma derrotada y falta de nuevos proyectos. Otra cosa es que tal imagen haya influido en los españoles de una forma quizá desmesurada, ya desde los mismos momentos en que empezó a gestarse. «La leyenda negra —ha resaltado Pierre Chaunu— es el reflejo de un reflejo, una imagen doblemente deformada en tanto que doblemente reflejada. Es la imagen exterior de España tal y como España la ve. La especificidad profunda de la leyenda negra radica, sobre todo, en la medida en que esta imagen de ella misma ha podido afectarle a España más que ninguna otra imagen de sí misma haya podido afectar a otra nación. La leyenda negra consiste, entonces, en los rasgos negativos —que son objetivamente los más repetidos— que la conciencia española descubre en la imagen de ella misma»³.

Subsisten entonces dos graves problema en torno a la leyenda negra. La necesidad de descifrar, por un lado, la imagen predominantemente negativa que una parte de Europa construyó acerca de España durante los siglos xvi y xvii en sus rasgos fundamentales, y la de descubrir, por otro, la influencia que tal imagen ha tenido sobre nuestra propia conciencia nacional, sobre la contemplación de nuestros problemas históricos y sobre nuestra identidad⁴. Sin olvidar tampoco otra tercera cuestión no exenta de importancia: parte de la leyenda negra se nutrió en sus orígenes de los escritos críticos lanzado al exterior por los propios españoles, descontentos con el rumbo histórico que en determinados aspectos la Monarquía de España había adoptado. Quizás por ello, la leyenda negra deforma y exagera más que inventa⁵.

La imagen de España que los europeos fueron acuñando durante los siglos xvi y xvii es indisociable de la presencia y actuación de la Monarquía española en la sociedad internacional de la época. Pero ni siquiera en los momentos de mayor intensidad de la propaganda antiespañola, esta imagen es unívoca. Más que de una imagen es necesario hablar de **imágenes**. Independen-

³ P. Chaunu, «La légende noire antihispanique», en *Revue de psychologie des peuples*, XIX (1964), pp. 188-233.

⁴ F. Ayala, *La imagen de España*, Madrid, 1986, J. M. Azaola, *Complejos nacionales en la historia de España*, Madrid, 1961. J. Marias, *España inteligible. Razón histórica de las Españas*, Madrid, 1985.

⁵ M. V. López-Cordón Cortezo, «Autoocrítica española en el siglo xvii», en *Historia* 16, n.º 193 (abril-1992), pp. 79-86.

dientemente de que con el transcurso del tiempo éstas se hayan ido decantando hacia una representación más homogénea, siguen siendo imprescindibles ciertas dosis de voluntarismo para dar coherencia a una multitud de instantáneas que recuerdan más a un caleidoscopio que a un retrato robot. En la evolución del concepto de España hay que ir descubriendo cómo se conservan, excluyen y complementan las opiniones más variadas y, en ocasiones, más contradictorias. No siempre negativas, pero en su mayoría más bien adversas. Con frecuencia observaciones y juicios no se engarzan sistemáticamente los unos sobre los otros, sino que son respuestas concretas a situaciones determinadas. La imagen de España se basa en largos procesos históricos en los cuales las primeras impresiones sobre su actuación se funden con experiencias posteriores de todas clase. Hay que enfrentarse, entonces, con el proceso de la ideación y de la realidad histórica a la vez.

Los juicios que los europeos volcaron sobre España y los españoles durante el periodo de su hegemonía no suelen estar exentos de maledicencia. En ocasiones fueron sutilmente certeros —debilidad estructural de su economía—, en otras abiertamente falaces —innata crueldad y tiranía, expansionismo imperial sin límites—, y en otras no carecen de una fina ironía —hidalguisimo—. Pero casi siempre tuvieron un tono apasionado y combativo que les restó objetividad y sana capacidad de comprensión.

Hemos señalado antes que la leyenda negra fue en su origen consecuencia de la hegemonía de los Habsburgo en Europa. La gran potencia mundial que fue, primero, el fabuloso conglomerado territorial de Carlos V y, después, la Monarquía Católica de sus descendientes hubo de desarrollar, al compás del desenvolvimiento histórico europeo, una acción exterior intensísima que le enfrentó fatalmente con el resto de las principales potencias de la época. Fue en estos enfrentamientos donde surgieron los cientos de manifiestos, libelos y panfletos anti-españoles que las prensas europeas produjeron masivamente durante décadas, tratando de movilizar la opinión interior y extranjera para ganar voluntades, justificar los inacabables gastos de la guerra, o propiciar alianzas. El antiespañolismo, entonces, sigue el compás bélico de los siglos XVI y XVII, convirtiéndose en una expresión política cada vez más ampliamente extendida por la Europa tanto católica como protestante.

Claro que en estas contiendas las fidelidades dinásticas y religiosas ocupaban todavía un lugar primordial como motor de los enfrentamientos. Los nacionalismos beligerantes y excluyentes aún no se habían consolidado, pero comenzaban a insinuarse —todavía difusos e imprecisos— como propuesta de la propia identidad. Una identidad construida y alimentada como contraste y en competencia con la de los demás, y que la guerra, por tanto, contribuía a henchir⁶. Claro que los caracteres nacionales de los distintos pueblos se van

⁶ O. Ranum (ed.), *Nationale Consciousness. History and Political Culture in Early Modern Europe*, John Hopkins U. P., 1975.

perfilando despacio, emergiendo lentamente del paisaje que les rodea. Ya la Antigüedad había sabido establecer una estrecha relación entre los diversos factores geográficos y la diferente personalidad de los pueblos. Bodino recogerá esta tradición clásica —después de G. Garimberti— insistiendo en la relación entre geografía y temperamento nacionales, haciendo de ella un elemento estabilizador de la historia de las sociedades humanas que era imposible ignorar ⁷. Así, los rasgos y peculiaridades de cada pueblo y nación pasan inadvertidamente del ámbito de los prejuicios al de los hechos comúnmente aceptados. La caracterización de los españoles como nación, provistos de un determinado sistema de valores irá definiéndose paulatinamente a lo largo del siglo xvi, conforme su presencia en Europa se vaya acentuando. A la vez, en España se irán construyendo también imágenes, más o menos deformadas y antipáticas, sobre el resto de los europeos ⁸.

Sí en un primer momento los ataques contra la Monarquía Católica fueron estrictamente políticos y dirigidos contra los monarcas o sus principales consejeros, pronto éstos se generalizaron también contra el pueblo español: «en el español —ha señalado con acierto Salavert— se encarnaron todos los defectos de sus príncipes, toda la brutalidad de su ejército, toda la avaricia de su hegemonía, todo el temor de su amenaza como enemigo» ⁹. El gran problema consiste en que cuando la Monarquía pierda su hegemonía y deje de constituir una amenaza, desaparecerán las invectivas políticas, pero quedarán las acusaciones y los cargos contra los españoles como nación. Confirmados por la Ilustración y deformados grotescamente por el Romanticismo, los rasgos que los europeos atribuyeron a los españoles como retaguardia de la política imperial de los Habsburgo se han conservado durante siglos, fuera ya del alcance de las contiendas políticas que los originaron.

Es cierto que la Monarquía Católica constituía una extensa y compleja combinación de territorios diversos bajo la autoridad de un mismo monarca. Y, sin embargo, la mayoría de las referencias lanzadas por la publicística europea no aluden a esta estructura, sino, en concreto, a España. Los reinos peninsulares y, sobre todo Castilla, se habían convertido en el corazón y en la bolsa de un vasto Imperio, desde los cuales se gobernaba y desde donde salían el dinero y las tropas necesarias para mantener la costosísima política de los Habsburgo madrileños. Por eso, España —y los españoles— constituirá el

⁷ J. Bodin, *Los Seis Libros de la República* (ed. de P. Bravo Gala), Madrid, 1985, lib. V, cap. I, pp. 213-226.

⁸ J. M. Jover y M. V. López-Cordón Cortezo, «La imagen de Europa y el pensamiento internacional», en *El Siglo del Quijote (1580-1680)*, t. XXVI/1 de la *Historia de España. R. Menéndez Pidal*, Madrid, 1986, pp. 354-522, M. Herrero García, *Ideas de los españoles del siglo XVII*, Madrid, 1966.

⁹ V. Salavert Fabiani, «El denuesto francés (ss. xvi-xvii). Nuevas aportaciones a la conformación de la Leyenda Negra», en *Homenaje al Doctor Sebastián García Martínez*, Generalitat de Valencia, 1988, pp. 393-405.

centro de todas las invectivas, contemplada como la sede del poder y de la tiranía que, supuestamente, emanaba del conjunto político de la Monarquía. De esta manera, el estereotipo español se irá perfilando, dentro y fuera de nuestras fronteras, en referencia no sólo un marco geográfico o racial, sino también a unos determinados valores políticos, militares y religiosos.

Y casi siempre los españoles fueron considerados en su conjunto. Raras veces la publicística extranjera diferenció entre los distintos reinos peninsulares: cuando lo hizo fue interesadamente para destacar la debilidad de la estructura política interna de la Monarquía o para señalar las malas relaciones que los propios habitantes de la península, poco civilizados, mantenían entre sí. En las demás ocasiones, las referencias fueron siempre unitarias, o inclinadas hacia Castilla, centro del poder político, y cuya lengua, literatura y cultura eran mejor conocidas fuera de la península ¹⁰.

Porque otro rasgo enormemente interesante del antiespañolismo europeo es que, mientras la publicística de guerra atacaba, denostaba y denigraba a los españoles, su lengua era conocida por las élites cultas de cada nación, su literatura se consumía ávidamente, y las modas y hábitos culturales que emanaban desde la corte de Madrid imponían un seguidismo devoto al que eruditos y elegantes eran incapaces de sustraerse. La hegemonía cultural española, aunque fuese discutida en algún caso, era aceptada de hecho por la mayoría sin especiales remilgos.

2. EL PROBLEMA DE LAS FUENTES

2.1. Volver sobre ellas

Un problema fundamental a la hora de intentar fijar la imagen o las imágenes que los europeos se forjaron sobre la Monarquía, España y los españoles consiste en averiguar las fuentes de información que de hecho tuvieron disponibles.

El contacto directo y la experiencia personal fueron realidades cuantitativamente restringidas y cualitativamente sujetas a una inmensa variedad de intensidades y matices. No podía ser la misma la impresión de un viajero o un comerciante de paso por la Península que la de una población sitiada y conquistada por los ejércitos del Rey de España, o la de aquella otra obligada a convivir y alojar a las tropas acantonadas. No era igual el conocimiento que sobre la Monarquía y sus entresijos tenían las cancillerías de las cortes europeas, las élites cultas de cada país y las clases urbanas —periódicamente infor-

¹⁰ V. Salavert Fabiani, «La percepció d'Espanya a la França del segle xv», en *Léspill*, n.º 21 (1985), pp. 77-91.

madas por los poderes públicos—, o el campesinado que habitaba regiones a menudo aisladas y al margen de los frentes militares.

¿Qué libros se publicaron acerca de la Monarquía española? ¿Cuáles se leyeron? ¿En qué lenguas y cuántos las conocían? ¿Cuántas ediciones y traducciones se realizaron? ¿Qué fuentes citaban los autores en apoyo de sus afirmaciones e impresiones? Muchas de estas preguntas, excepto en contados casos, permanecen todavía sin respuesta. Puede ser muy difícil o hasta imposible decidir si el juicio de un autor sobre un pueblo extranjero depende de sus propias experiencias o de las ajenas, si ha sido formado teniendo en cuenta a los autores antiguos o la opinión de otros escritores contemporáneos. Tampoco es fácil conocer el eco y la resonancia que su obra pudo tener en algún momento. Pese a que el tema de la imagen exterior de España ha sido repetidamente estudiado desde diferentes prismas y países, sigue siendo necesario el estudio minucioso de autores y obras concretas, su origen, contenido y difusión cultural y geográfica. Volver sobre la documentación y los textos originales, descubrir nuevas fuentes o abrir nuevas vías de investigación probablemente enriquecería el estado actual de nuestros conocimientos y nos reservaría algunas sorpresas.

Ya hace años, Luis Díaz del Corral puso de manifiesto cómo la tarea de exponer de manera sistemática la visión que de la Monarquía de España tuvieron los grandes pensadores políticos europeos resulta bastante difícil. Ninguno de ellos, salvo Campanella, le dedicó una obra completa o un capítulo principal de ella. Es preciso leer con gran cuidado las obras de importantes autores para destacar pasajes a veces recónditos en que se ocupan de la Monarquía de España, o descender a las obras menores y a la correspondencia: «espigar allí o aquí datos, observaciones, comentarios, juicios, etc.; y luego esforzarse por ordenar los hallazgos y reducirlos en la medida de lo posible a una visión unitaria»¹¹.

Quizás por ello la fuente que mayor información parece ofrecernos y a la que más veces se ha recurrido para fijar la imagen internacional de España es, sin duda, la publicística. Un género de contornos imprecisos, menos erudito y más penetrado de pasión partidista, pero que aspira sobre todo a difundirse. Que pretende manipular la opinión pública y no tiene reparos en deformar o distorsionar la realidad. Una literatura «más atenta a la realidad de la política y a las urgencias de la polémica apasionada que a la serenidad de pensamiento»¹², pero también por ello más viva y más directa.

El peso de la opinión pública en los conflictos internacionales fue con frecuencia escaso durante el Renacimiento, pero no por eso los príncipes renunciaron a presentar siempre sus conflictos armados como «guerras justas».

¹¹ L. Díez del Corral, *El pensamiento político europeo y la Monarquía de España*, Madrid, 1975, p. 18.

¹² J. M. Jover y M. V. López-Cordón, *op. cit.*, p. 257.

Y la presión inicial para justificar las hostilidades era mantenida a través de una lluvia de folletos y noticias sobre los progresos de las campañas ¹³. Con el desarrollo de la producción impresa, la publicística, como instrumento polémico de discusión de los asuntos internacionales, fue cobrando importancia. La utilización de la imprenta con fines propagandísticos se había desarrollado mucho ya desde los inicios del siglo xvi, del mismo modo que la circulación de estampas y grabados políticos satíricos. El ciclo de discordias civiles abierto con el proceso reformador y los conflictos religiosos no hicieron sino acentuar esta tendencia.

Esta propaganda, animada desde diferentes esferas más o menos oficiales con la intención de estimular y dirigir la opinión pública, es una fuente sorprendentemente rica para penetrar en la mentalidad de ese mundo de juristas e intelectuales entre los que se reclutaban la mayor parte de los autores de manifiestos, panfletos y libelos, y entre los cuales encontramos —aparte de un ejército inidentificado de autores anónimos— nombres de gran significación. Al mismo tiempo, las imágenes estereotipadas y voluntariamente deformadas, tal como las encontramos en esta literatura polémica, son bastante orientativas a la hora de revelarnos, en ciertos aspectos, la forma de pensar o de sentir de aquellos a quienes esta propaganda pretendía dirigirse, esto es, los diferentes grupos sociales urbanos. Claro que los destinatarios de unos y otros escritos no eran siempre los mismos. Hay un abismo que separa determinados alegatos y manifiestos, cuyo vocabulario, argumentos y extensión nos dirigen de inmediato hacia un lector eminentemente culto, de pasquines, letrillas y romances de ciego, destinados a un auditorio mucho más amplio. Pero en ambos casos el éxito del autor dependía de un entendimiento básico con los prejuicios de su público.

Se ha dicho a menudo que España no produjo o produjo tardíamente el tipo de folleto popular y político que se hizo corriente en los Países Bajos, Inglaterra y Francia desde mediados del siglo xvi y que, en consecuencia, perdió la guerra de la propaganda ¹⁴. Una búsqueda más exhaustiva en los fondos de archivos y bibliotecas probablemente desmentiría o matizaría esta afirmación.

En cualquier caso, se trata siempre de textos con un alto nivel de literariedad y subjetivismo. Lo mismo sucede con la mayoría de las relaciones y relatos de viajeros que visitaron España u otros territorios de la Monarquía. Muchos de ellos se han publicado en ediciones completas o en antologías en numerosas ocasiones, pero todavía se echa de menos un análisis cuidadoso de los diferentes textos conservados. Muchos permanecieron inéditos durante generaciones, por lo que difícilmente pudieron tener influencia alguna sobre

¹³ J. R. Hale, *Guerra y sociedad en la Europa del Renacimiento, 1450-1620*, Madrid, 1990, p. 49.

¹⁴ H. Kamen, «La visión de España en la Inglaterra isabelina», en *La imagen internacional de la España de Felipe II: «Leyenda negra» o conflicto de intereses*, Valladolid, 1980, p. 39.

la opinión pública. En cambio, sí es rastreable en las opiniones de muchos de estos viajeros los numerosos prejuicios adquiridos con anterioridad a su visita, sobre todo a partir de finales del siglo xvi. El valor de sus testimonios varía enormemente. Las rutas transitadas, las ciudades, los monumentos visitados suelen repetirse una y otra vez. Algunos viajeros tuvieron una mirada atenta y una gran capacidad de penetración; otros no supieron ver más allá de sus narices. Algunos incluso escribieron relaciones sobre el país sin ni siquiera haberlo visitado¹⁵. Los informes de los embajadores venecianos fueron altamente apreciados por la mayoría de las cortes europeas como fuente de información, pero no todos tienen igual calidad. Muchos eran copiados de los de sus predecesores, y en el caso de España esto sucede en más de una ocasión¹⁶.

Quizás los testimonios orales de peregrinos, comerciantes y visitantes ocasionales pudieran tener mucha mayor repercusión que los libros de viajes. Pero la tradición oral es un campo minado, casi imposible de recorrer conforme transcurren los siglos. Se ha dicho que cuando una afirmación se repite bastantes veces y durante bastante tiempo en diferentes géneros literarios, finalmente llega a ser expresión de sentimientos e ideas de la mayoría, la expresión de una opinión general¹⁷. Pero este principio es de difícil comprobación, mucho más cuando nos referimos a sociedades tradicionales, predominantemente agrarias e iletradas.

Es probable que los análisis lingüísticos puedan proporcionarnos pistas e indicios inestimables. Es sobradamente conocida la facilidad con que en el lenguaje pueden encontrarse residuos de animadversión y xenofobia de unos pueblos respecto a otros. Pero sólo los pueblos que han sostenido conflictos importantes y prolongados con otros han podido dar lugar a estos residuos. Las valoraciones transmitidas en giros idiomáticos suelen ser entonces, por lo general, peyorativas. Los antiguos diccionarios de citas, refranes y modismos constituyen una fuente preciosa aún no explotada suficientemente. En Italia, muchas palabras —tanto en toscano como en otros dialectos— que originariamente se referían sin más al concepto «español» pasaron a significar la acepción de «orgullosa» o «jactanciosa», como «spagnolata», «spagnolismo»,

¹⁵ Existen numerosas antologías y ediciones de libros de viajes a España entre los siglos xvi al xix, entre las más clásicas: R. Foulché-Delbosch, «Bibliographie des voyages en Espagne et Portugal», en *Revue Hispanique*, III (1896), pp. 1-349, A. Farinelli, *Viajes por España y Portugal desde la Edad Media hasta el siglo XX. Divagaciones bibliográficas*, Madrid, 1921, J. García Mercadal, *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, 3 vols., Madrid, 1952-1962, P. Shaw Fairman, *España vista por los ingleses del siglo XVII*, Madrid, 1981, se echan de menos, sin embargo, estudios monográficos más profundos sobre este riquísimo e ingente material.

¹⁶ E. Albèri (ed.), *Le relazioni degli ambasciatori veneti al Senato durante il secolo decimosesto*, 15 vols., Florencia, 1839-1863, N. Baozzi y G. Berchet, *Relazione degli Stati Europei: Lettere al Senato degli ambasciatori veneti nel secolo decimosettimo*, Serie I. Spagna, 2 vols., Venecia, 1856.

¹⁷ S. Arnoldsson, *La leyenda negra. Estudios sobre sus orígenes*, Goteborg, 1960, p. 66.

«spagnoleggiare», «spagnolescamente», o el mismo título de «Grande di Spagna»¹⁸. Lo mismo ocurre en francés con la expresión «trait d'espagnol» (fanfarronada) o «marcher a l'espagnole» (andar con afectada gravedad). G. Siebenmann, que ha rastreado los términos relativos a España en el Diccionario de lengua alemana de Grimm ha comprobado cómo éstos aparecen relacionados con instrumentos de tortura y castigo («spanisch rohr»), armamento bélico, o para referirse a realidades curiosas, exóticas o incomprensibles («ist mir spanisch»). ¿Qué mejor ejemplo de transmisión lingüística influida por la decadencia española que la expresión «spanische schlosser» (castillo español), usada en principio para referirse a algo de especial magnitud o magnificencia y más tarde para designar los castillos en el aire, como la francesa «châteaux en Espagne»?¹⁹

Igualmente, el rastreo de tradiciones populares, canciones folklóricas, chistes e historietas pueden ayudarnos a sopesar mejor que otras fuentes el calado que la tradición antiespañola llegó a tener en la memoria colectiva y en la conciencia nacional de otros pueblos. Las baladas inglesas sobre el episodio de la Armada, las colecciones holandesas de canciones populares antiespañolas —*Geusenliedboeck* y *Gedenck-clank*²⁰—, o el papel de auténtico ogro infantil que el duque de Alba ha alcanzado en la cultura neerlandesa son suficientemente expresiva por sí mismas, testimonios históricos tan válidos o más que la *Apología* de Guillermo de Orange o las múltiples ediciones de la *Brevísima relación* del Padre Las Casas.

2.2. La transmisión. Cronología y geografía de una leyenda

La cronología y la geografía de la leyenda negra antiespañola —del anti-hispanismo, si preferimos— no son difíciles de establecer. Pese a su dilatada supervivencia, su gestación y consolidación, en cambio, ocupan un lapso de tiempo relativamente breve: aunque sus orígenes sean tempranos, su afianzamiento y difusión corresponden a las cuatro últimas décadas del siglo xvi. Pocos elementos nuevos se añaden después de estas fechas hasta la pérdida de la hegemonía. Y si bien su arranque es latino —en Italia—, su período de máxima propagación corresponde a la Europa Septentrional, preferentemente protestante.

¹⁸ *Ibid.*, p. 72.

¹⁹ G. Siebenmann, «¿Cuán griegos son los españoles para los alemanes? Observaciones sobre el uso del gentilicio «español» en el idioma alemán», en *Cuadernos hispanoamericanos*, n.º 388 (1982), pp. 111-113.

²⁰ Ph. W. Powell, *Arbol del odio*, Madrid, 1974, p. 103.

a) *Italia: los orígenes*

España comparece ante la opinión europea al tiempo que lo hace como potencia con capacidad de intervención política y militar en los asuntos europeos. Por ello, el precio que tuvo que pagar por su hegemonía en Italia, a comienzos del siglo xvi, fue la aparición de la primera versión de la leyenda negra, elaborada y difundida por un centro de actividad cultural tan colosal como fueron los círculos intelectuales italianos del Renacimiento. Con un perfil marcadamente culto y literario, esta primera imagen antiespañola conquistará rápidamente toda la Europa occidental, deslumbrada por los textos de los prestigiosos humanistas italianos.

Pero como ya hace muchos años señalara Arnoldsson, no existe una sola versión de la leyenda negra en Italia en el período que transcurre desde la conquista aragonesa de Sicilia hasta la muerte de Felipe II. Han existido dos leyendas distintas. La más antigua de ellas, formada durante los siglos xiv y xv, es más bien una leyenda anticatalana y antiaragonesa que antiespañola y tiene unas características propias. Esta primera imagen deformada de España es la proyección italiana de una España mediterránea, y consecuencia en gran parte de la expansión aragonesa hacia Cerdeña, Sicilia y Nápoles. Está constituida por la yuxtaposición contradictoria de dos elementos de la presencia española: el mercader catalán y el hombre de guerra aragonés. La astucia del afortunado competidor y la brutalidad del soldado entran a componer una imagen heteróclita a la que pronto se le añade un tercer elemento: la impureza racial y religiosa. El competidor peligroso, el adversario, es un mal cristiano. Es moro y, sobre todo, es judío. Es un marrano ²¹.

Común a todos los conceptos rencorosos y satíricos sobre los españoles suscitados en Italia hacia 1500 era el estar referidos a los catalanes y a otros peninsulares de la costa mediterránea. Todavía alrededor de 1500 Cataluña, y en ciertos cascos, Aragón y Valencia eran para la opinión italiana representativas de todo el resto de España. Las cosas comenzarán a cambiar cuando tras la unión con Aragón, la conquista de Granada y de Navarra, y el descubrimiento del Nuevo Mundo, Castilla se convierta en potencia rectora del mundo hispánico y empiece a intervenir directamente en Italia como tal. Los italianos del siglo xvi vieron y comprendieron rápidamente que el centro de gravedad de la Península Ibérica se había desplazado hacia el interior, hacia Castilla. Cataluña fue, entonces, eclipsada por la Meseta y por Sevilla, la España mercantil, por la España militar.

Las características que los italianos del siglo xvi encontraban o creían encontrar en los españoles son en gran parte cualidades aristocráticas, distintivas de un pueblo vencedor y dominante, representando en Italia por soldados y funcionarios con generales y virreyes a la cabeza. Este aristocraticismo

²¹ S. Arnoldsson, *op. cit.*, pp. 10-13 y 197-198.

trasciende a las cualidades que, según la imagen transmitida por la literatura anterior, mejor caracterizaban a los españoles: la soberbia y la altivez. Ya no son el mercader catalán y el soldado aragonés quienes representan a la península Ibérica en Italia: «ahora es casi exclusivamente el soldado y el funcionario de nacimiento noble, o con pretensiones de noble, en su mayor parte hidalgos o gentes con la mentalidad hidalga de Castilla»²². Militar, política, idiomática y literariamente Castilla llega a representar a toda España en la opinión italiana del siglo xvi.

Pese a lo mucho que unía a españoles e italianos frente a otros pueblos, las manifestaciones de rencor antiespañolas en la literatura italiana del Quinientos son mucho más frecuentes que las de admiración, estima y simpatía. Esta desconfianza general hacia los españoles es una desconfianza provocada por el dominio extranjero de la península italiana. Consciente de su herencia de la Antigüedad y convencidos de la superioridad cultural de su propio pueblo, gran parte de los intelectuales italianos lamentaron profundamente la debilidad política y militar de los estados italianos y rechazaron con vehemencia las continuas ingerencias de los monarcas europeos sobre su suelo. La humillación nacional que supuso la lucha por la hegemonía en Italia durante el siglo xvi acrecentó la necesidad psicológica de despreciar a las naciones vencedoras como si fueran «bárbaros», dando al término un significado complejo en el que al aspecto cultural se suma el de las violencias cometidas por los ejércitos extranjeros con un estilo de guerra más duro que el practicado por los condottieros.

Pese a que los italianos estuvieron mejor emplazados geográficamente que el resto de los europeos para comprender el extraño ensamblaje político de la Monarquía Católica, se debatieron continuamente entre la aceptación de la influencia española y el rechazo a su hegemonía. Porque, además, los italianos no se sintieron nunca inferiores a los españoles en otros aspectos que en el militar y el político. Muchos italianos cultos sintieron frente al poder español la pesadumbre de que su propio país —de civilización antiquísima y heredero de Roma— estuviera dominado por un pueblo inferior en cuanto a cultura, religión y raza. La hegemonía española en Italia era, para los sustentadores de tal idea, una catástrofe cultural y moral, por lo que los ataques literarios contra los españoles asumieron en la mayor parte de las ocasiones verdaderos caracteres de oposición cultural²³. Pero faltaban en la Italia de principios del siglo xvi las condiciones esenciales para la formación de un auténtico odio nacional contra España. Casi un siglo después, los textos de Boccacino o de Tassoni recogerán ya los frutos una cultura política antiespañola que se ha ido fraguando en el norte de Europa²⁴.

²² *Ibid.*, pp. 77-78.

²³ B. Croce, *La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza*, Bari, 1917 y A. Farinelli, *Divagaciones hispánicas*, Barcelona, 1936, 2 vols.

²⁴ B. Anatra, «Lo antiespañol en Italia: Boccacini y Tassoni», en *Historia* 16, n.º 193 (abril 1992), pp. 30-37.

b) *El Imperio*

También en Alemania las primeras manifestaciones antiespañolas tuvieron unas fechas relativamente tempranas y también en ellas el elemento racial parece jugar un papel muy importante. Según Arnoldsson, lo que más impresionó a los viajeros alemanes en España antes y durante la época de los Reyes Católicos fueron las condiciones raciales y religiosas del país. Los observadores alemanes, todavía más que sus contemporáneos italianos, tendieron a exagerar la importancia del elemento judío y musulmán en España, lo cual, seguramente, al igual que el color moreno de los españoles, produjo una impresión más extraña en los viajeros de Silesia o Nüremberg que en los de Florencia y Venecia ²⁵.

Serán, sin embargo, la Reforma y los conflictos entre el Emperador Carlos V y los príncipes protestantes los que determinen los primeros atisbos antiespañoles en territorio alemán. Fueron los círculos próximos a Lutero quienes echaron los cimientos de esa violenta enemistad contra los españoles que brota en los escritos polémicos protestantes de la guerra Esmalcalda. Es en el entorno del reformador donde los conceptos de español, italiano y papista comienzan a identificarse, transfiriéndose así hacia los españoles el sentimiento de superioridad que los alemanes sentían tradicionalmente hacia los italianos, añadido al odio y el desprecio luteranos hacia la Roma papal. La utilización del término «Welsch» (en general, «latino», pero con el matiz peyorativo de «malvado») aplicado pronto a los españoles es sumamente revelador de esta transferencia, motivada en última instancia por el peso que los reinos españoles habían alcanzado en el conglomerado político que regía Carlos V ²⁶.

Por ello, durante la guerra Esmalcalda, los enemigos del Emperador defendieron la idea de que el conflicto era, en definitiva, una guerra contra un poder extranjero, ya que el César Carlos había optado por identificarse con el Papa y parte de sus tropas estaban compuestas por italianos y españoles, divulgando además la opinión de que la victoria imperial implicaría un dominio total español sobre el territorio alemán. Después de aquel conflicto, los protestantes alemanes se irían nutriendo de la publicística antiespañola salida de las prensas de los Países Bajos, Inglaterra y Francia a lo largo de la segunda mitad del siglo XVI. La idea propagada por ésta de una Monarquía Universal española constituirá para los protestantes alemanes un espectro apocalíptico destinado a jugar un papel muy importante durante la Guerra de los Treinta Años ²⁷.

²⁵ S. Arnoldsson, *op. cit.*, pp. 112-113.

²⁶ *Ibid.*, pp. 117-133.

²⁷ G. Hoffmeister, «Das spanische Post- und Wächterhörlein. Zur Verbreitung der Leyenda Negra in Deutschland (I) (1553-1618)», en *Archiv für Kulturgeschichte*, 56/2 (1974), pp. 350-

c) *La rebelión de los Países Bajos*

La guerra de los Países Bajos dio indudablemente a la propaganda antiespañola una mayor fuerza ofensiva y una divulgación más efectiva que la que había tenido anteriormente. Arnoldsson, aún reconociendo este hecho, ha rechazado de plano, en cambio, el protagonismo, que tradicionalmente se dio a la propaganda holandesa en la formación de la leyenda negra:

«nueva fuerza ofensiva, sí, pero no nuevos argumentos... El panfleto titulado *Imágen espejada de la tiranía española en los Países Bajos* (1620) representa perfectamente la variante holandesa de la leyenda negra plenamente constituida en dependencia de los viejos modelos literarios, y ya completamente conformada con los invariables lugares comunes tradicionales, no siendo más que un reflejo de los puntos de vista y del vocabulario de los escritores anteriores... La variante holandesa de la Leyenda Negra es un tardío y, en cierto modo, muy poco independiente eslabón en la revolución de este mito»²⁸

Aunque esta opinión sería matizable —la leyenda negra antifilipina, por ejemplo, sí es genuinamente holandesa—, no cabe duda de que la actividad difusora de las prensas holandesas fue fundamental a la hora de divulgar en un ámbito geográfico mucho más amplio y entre un espectro social mucho más extendido los viejos trazos del antihispanismo italiano o germánico.

La imprenta fue, en manos de los insurrectos, el instrumento idóneo para popularizar la rebelión, condenar ante la opinión al gobierno establecido y atraer el interés y el apoyo extranjeros. Desde el principio de la revuelta, el Príncipe de Orange fue consciente de la gran importancia que podía tener la publicística como instrumento de subversión del orden, excitando el odio hacia los españoles y atrayendo hacia su campo a los irresolutos. El contenido y la forma de gran parte de esta producción nos sugiere un formato diseñado expresamente para llegar a las capas más amplias de la población. A menudo se ha señalado la colaboración de Jacobo van Wesenbeke y de Marnix van Sainte Aldegonde al lado de Orange en la elaboración de esta propaganda²⁹.

En pocos años, la propaganda antiespañola y anticatólica pasó a ser, en manos de los holandeses, algo profunda y completamente encajado en la tra-

371, «Spanische Sturmglocke (1604) und Spanische Curier (1629). Zur Verbreitung der Leyenda Negra in Deutschland (II)», en *Archiv für Kulturgeschichte*, 61/2 (1979), pp. 353-368.

²⁸ S. Arnoldsson, *op. cit.*, pp. 8-10.

²⁹ P. A. M. Geurts, *De Nderlands Opstand in de Pamffletten, 1566-1584*, Nijmegen-Utrecht, 1956, W. P. C. Knuttel, *Catalogus van de Pamffletten-verzameling berustende in de Koninklijke Bibliotheek*, La Haya, 1889, 9 vols., K. W. Swart, «The Black Legend during the Eighty Years War», en J. S. Browley y E. H. Kossman (eds.), *Britain and the Netherlands. Some political mythologies*, La Haya, 1957, pp. 36-57. H. Schepper, «Flandes y su Leyenda Negra», en *Diálogos Hispánicos*, n.º 11 (1993), pp. 115-125, y «La guerra de Flances», en J. Lechner (ed.), *Contactos entre los Países Bajos y el mundo Ibérico. Foro Hispánico*, n.º 3 (1992), pp. 67-82.

dición general protestante. Las Provincias Unidas absorbieron como parte integrante de su nacionalidad esa profunda hispanofobia propagada por la publicística rebelde. La lucha contra el poder español pasó así a formar parte de la tradición histórica popular del pueblo holandés. «Donde quiera que no esté (España), allá estará nuestra patria», escribía en 1602 el poeta Daniel Hensius. Durante el siglo xvii, las comunidades de judeoconversos españoles exiliados en las Provincias Unidas –aún dentro de un profundo sentimiento de añoranza hacia Sefarad–, jugarán un importantísimo papel en la consolidación de la imagen negativa de España, especialmente cuando llegue la hora de las dificultades para la Monarquía, interpretando su declive a partir de su persecución sistemática de pueblo judío ³⁰.

d) *Inglaterra*

También en Inglaterra encontramos huellas de un antihispanismo relativamente temprano, aunque probablemente de escaso alcance en sus inicios. Fueron los protestantes ingleses exiliados en el Continente durante el reinado de María Tudor –en ciudades como Ginebra, Basilea, Estrasburgo, Frankfurt o Emden– quienes participaron de una manera más activa en la elaboración de folletos de oposición al régimen al calor de los acontecimientos religiosos. Hombres como John Ponet, Christopher Goodman o John Knox intentaron establecer una firme asociación entre protestantismo y patriotismo inglés, denunciando la influencia papal y española en la corte de la reina María, y tratando de establecer un paralelismo entre el descontento provocado por la presencia española en Italia y en los Países Bajos y los peligros semejantes que amenazaban a Inglaterra. En general, los temas antiespañoles sonaron breve y confusamente entre 1553-58, pero es difícil estimar el grado de influencia que esta propaganda tuvo en la opinión pública inglesa –debido, entre otros factores, a las fuertes medidas de censura que limitaron mucho la circulación de estos papeles–, o asegurar su prolongación respecto al antihispanismo isabelino, más allá de una cierta continuidad en el vocabulario ³¹.

En un segundo momento, hay que tener en cuenta la rebelión de los Países Bajos, que despertó en Inglaterra un interés extraordinario. El público inglés, ávido de noticias, pudo seguir el curso de los acontecimientos a partir de traducciones de textos flamencos y franceses en los que se hacía responsable directa a España de la carnicería ocurrida durante aquellos años en los Países Bajos. El Saco de Amberes de 1576 sería descrito, entre otros, por

³⁰ J. Contreras, «La versión judía: leyenda negra y leyenda rosa», en *Historia 16*, n.º 193 (abril 199), pp. 65-78.

³¹ J. M. Thomas, *Before the Black Legend. Sources and Anti-Spanish sentiment in England, 1553-1558*, Universidad de Illinois, 1984.

George Gascoigne cuyo texto fue convertido en obra de teatro con un título tan significativo como el de *Alarma a Londres o el Sitio de Amberes*³².

Pero la opinión pública en Inglaterra parece no haber sido profundamente hostil a España hasta la década de 1580. No fue quizá hasta el asesinato de Guillermo de Orange cuando la opinión pública se movilizó. Para justificar su intervención directa en el conflicto de los Países Bajos, el gobierno tuvo que fomentar enérgicamente la formación de una opinión antiespañola. Y, como ha señalado H. Kamen, es muy significativo que la mayoría de los folletos ingleses que se ocupan de los procedimientos represivos empleados por el duque de Alba en Flandes daten, no del tiempo del gobierno del duque, sino de después de 1580, «como pensados para excitar un odio tardío que no existía en 1572»³³.

A partir de este momento, la amenaza de una invasión pegó fuego al patriotismo inglés e intensificó el odio a España y a Roma. El episodio de la Invencible constituyó la primera gran oleada del antihispanismo inglés. La Armada dio al gobierno y a la facción protestante una nueva oportunidad sin paralelo de poner a la opinión pública en contra del enemigo. España quedó convicta no sólo de codicia, tiranía y ambición, sino también de cobardía e incompetencia. Había que tranquilizar al pueblo inglés, acostumbrado a oír hablar de las proezas de los españoles, diciéndoles que el desastre de la Armada no era un incidente aislado, sino un símbolo de la decadencia del poder español. Además era necesario convencer a la comunidad católica de que no podía esperar ninguna ayuda de España. Y por ello, para remarcar la victoria propia y la derrota ajena, se exageraron tanto las dimensiones de las fuerzas invasoras³⁴.

Pero la publicística inglesa iría centrándose cada vez más en el tema americano, abonado por la rivalidad naval y colonial con España en el Atlántico. Los ataques contra la colonización española en América cumplían una función propagandística primordial: rechazar de plano el monopolio colonial español y justificar las acciones navales de hostigamiento ingleses. Si la paz de 1604 con España puso fin oficialmente a los escritos antiespañoles en Inglaterra, éstos volverían a aparecer periódicamente desde los sectores de oposición al régimen de los Estuardo, a veces impresos fuera del país —ahí está toda la producción aparecida con motivo de la negociación matrimonial del Príncipe de Gales—. Y ya en época de Cromwell, un nuevo aluvión de papeles resucitó el viejo antihispanismo isabelino, pero centrado fundamentalmente en la rivalidad atlántica y americana, sin incorporar ningún nuevo elemento a la vieja retórica antiespañola³⁵.

³² W. S. Maltby, *La Leyenda Negra en Inglaterra. Desarrollo del sentimiento antihispánico, 1558-1660*, México, 1982, pp. 59-78.

³³ H. Kamen, *op. cit.*, pp. 42-43.

³⁴ W. S. Maltby, *op. cit.*, pp. 47-111.

³⁵ *Ibid.*, pp. 112-163, J. Casey, «La enemistad hispano-inglesa», en *Historia 16*, n.º 193

c) *Francia*

Lo realmente interesante del caso de Francia es que, siendo la última en producir masivamente una propaganda antiespañola a fines del siglo xvi, fue también probablemente la que más influencia tuvo en consolidar el antihispanismo por el Continente, despojándolo del matiz estrictamente protestante y anticatólico que había adquirido en las dos últimas décadas.

Durante las distintas guerras entre Francisco I y Carlos V, se sucedieron numerosas campañas publicitarias con diversos motivos: el Tratado de Madrid, el amarre de la flota berberisca en Tolón, la campaña de Provenza..., pero ninguna de ellas tan virulenta como para suscitar una despiadada leyenda anticarolina. Acusaciones, injurias y descalificaciones eran olvidadas al final de cada campaña, y sustituidas por los debidos halagos y cumplimientos que correspondían a una reconciliación en regla entre los dos soberanos ³⁶.

El clima fue cambiando progresivamente durante el reinado de Felipe II, sustituyendo poco a poco los españoles a los italianos e ingleses en la inquina nacional. Y fue, sobre todo, la intervención española durante la década de 1590 la que disparó los ataques. Aquella guerra consiguió reunir en contra de los españoles toda una serie de sentimientos adversos, dispersos hasta entonces, encarnados en muy diferentes grupos: los católicos galicanos descontentos de la intromisión constante de Roma y España en los asuntos del reino, los anti-jesuitas, los protestantes temerosos de la Liga que recordaban las masacres de La Florida y San Bartolomé o la represión de Alba en los Países Bajos, los comerciantes franceses lesionados en sus intereses, los intelectuales que deseaban la desaparición de las influencias extranjeras en la lengua y literatura francesas, el partido de los «políticos» ansioso por conservar intactas las tradiciones del reino y mantener la integridad del territorio... Panfletarios y libelistas se encargarian de aunar a estos sectores y difundir una profunda antipatía contra los españoles entre las clases urbanas de París y de provincias. Multitud de textos, en verso o prosa, en lengua latina o francesa, en forma de soneto, himno o epístola, escritos en prosa ágil e incisiva o en términos injuriosos y groseros, hicieron su aparición durante aquellos años. Ciertos impresores, como Jean Mettayer de Tours, convirtieron en una auténtica especialidad la edición de estos folletos ³⁷.

El contenido de esta producción es algo más que un simple desdén con-

(abril 1992), pp. 51-57. D. Cressy, *Bonfires and Bells: National memory and the Protestant calendar in Elizabethan and Stuart England*, Londres, 1989.

³⁶ V. L. Salavert Fabiani, «Carlos V, invasor y asesino. Reacciones impresas a la campaña de Provenza (1536-1538)», en *Congreso Hernán Cortés y su tiempo*, Mérida, 1987, pp. 538-547 y «Xenofobia e Historia. La imagen de Francia en los "Anales de la corona de Aragón" de Zurita», en *Jerónimo Zurita. Su época y su escuela*, Zaragoza, 1986, pp. 143-158.

³⁷ J. Mathorez, «Les Espagnols et la crise nationale Française à la fin du XVIe siècle», en *Bulletin Hispanique*, XVIII (1916), pp. 86-113.

tra los españoles, por el contrario, destila un odio que es difícil de encontrar en alto grado entre dos pueblos. Se trata de una lucha en la que el sentimiento nacional ocupa un lugar extremadamente importante, hecho que condiciona la imagen del español como la del anti-francés, tal y como va a ser acuñada por los libelistas «anti-liguerus». Si la Liga se había empeñado en presentar a los españoles como hermanos del «buen francés» —el católico, claro está—, y no como extranjeros, en función de su defensa de la auténtica fe, la oposición se empeñó en fijar la imagen opuesta³⁸. Tras el ascenso al trono de Enrique IV, sobre todo, los antiespañoles trataron de demostrar en su propaganda que jamás habían existido dos pueblos tan opuestos en su carácter y maneras que franceses y españoles, con el propósito evidente de evitar, a toda costa, una integración de Francia en la órbita de la Monarquía Católica. Luego, la abjuración de Saint-Denis pondría en evidencia que la religión ya no podía separar a los franceses, quienes debían concentrarse en torno a su monarca, encarnación viva de la naciente monarquía nacional: «la máscara ha caído, no se trata ya de la defensa de la Religión, sino de la invasión del Estado por los artífices del enemigo capital de Francia»³⁹. Por ello, la propaganda se centró en dos mensajes fundamentales: alertar a la población francesa sobre las desgracias que sobrevendrían de instalarse allí el poder tiránico y usurpador de los españoles, y en demostrar la incompatibilidad de los dos pueblos a base de una comparación que desembocaba necesariamente en la constatación de una aplastante superioridad francesa⁴⁰. Había nacido la célebre antipatía entre españoles y franceses, que tan infructuosamente trataría de combatir y racionalizar Carlos García en 1617⁴¹, y sobre la que insistiría en 1647 La Mothe Le Vayer: «Hay tan grande antipatía de cuerpo y espíritu entre franceses y españoles, que éstos comienzan a dudar que los de su país salen de la misma manera del vientre de su madre como lo hacen los franceses»⁴². Pero todos los argumentos esgrimidos por la publicística francesa del siglo XVII eran ya herederos directos de aquellos fijados durante las guerras de religión.

* * *

³⁸ M. Yardeni, *La conscience nationale en France pendant les Guerres de Religion (1559-1598)*, París-Lovaina, 1971, y «Antagonismes nationaux et propagand durant les Guerres de Religion», en *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, XIII (1966), pp. 273-284.

³⁹ Cit. por M. Yardeni, «Antagonismes nationaux...», p. 278.

⁴⁰ V. L. Salavert Fabiani, «El denuesto francés...», p. 86.

⁴¹ C. García, *La oposición y conjunción de los dos grandes Luminaires de la Tierra o la Antipatía entre Franceses y Españoles (1617)*, ed. crítica de M. Bateau, Alberta Univ.-Atlas Press, 1979.

⁴² Cit. por M. Méchoulán, «L'Espagne dans le miroir des textes français», en *L'Etat Baroque, 1610-1652*, París, 1985, pp. 421-447.

Toda esta producción antiespañola, variada y compleja, gira en torno a tres grandes temas: la inherente tiranía emanada del poder hegemónico de los Habsburgo, la impureza racial y la heterodoxia religiosa de los españoles —en un intento de aproximación simbólica del peligro español al peligro turco—, y la debilidad estructural del potencial económico y militar en la Monarquía española que convertía a ésta en un enorme gigante con los pies de barro.

II. LA INSOPORTABLE TIRANÍA ESPAÑOLA

1. LA AMBICIÓN UNIVERSAL DE LA MONARQUÍA CATÓLICA

La imagen matriz del antihispanismo europeo de los siglos XVI y XVII fue la contemplación de una inmensa monarquía en perpetuo movimiento expansivo y con vocación universalista. Una perversa deformación del viejo sueño imperial recreado por el grupo de intelectuales erasmistas que rodeara a Carlos V en sus primeros años, y que quedaba completamente fuera de los límites reales en que la acción política de la Monarquía Católica hubo de encuadrarse durante los siglos XVI y XVII.

No cabe duda de que el encumbramiento, casi meteórico, de la Monarquía de España desde la caída de Granada hasta la paz de Cateau-Cambresis provocó una auténtica convulsión en el reparto de poder de las monarquías europeas durante la primera mitad del siglo XVI. Ya en época de los Reyes Católicos, el poder alcanzado por la unión de los reinos de Castilla y Aragón impresionó profundamente a los observadores extranjeros. Dos de los escritores políticos más influyentes del Renacimiento, Maquiavelo y Guicciardini coincidieron en resaltar la velocidad del engrandecimiento español, tanto más llamativo cuanto que para ellos el punto de partida había sido muy bajo: «de modo que España en nuestros tiempos se ha ilustrado bastante y ha salido de su natural oscuridad... porque ha estado más en la sombra y con menos imperio que ninguna otra nación europea». De este engrandecimiento responsabilizaron a don Fernando de Aragón y a ello se debió el unánime ensalzamiento de su figura ⁴³.

La portentosa reunión de estados y territorios heredados por Carlos V no hizo sin incrementar esta admiración y dar pábulo a todo tipo de utopías y especulaciones de hasta dónde podía llegar el poder de reunión de esta nueva y fabulosa monarquía. Sus éxitos parecían imparables, y después de la batalla de Pavía, en Italia se decía que «Dio s'era fatto spagnuolo» ⁴⁴. Pero hacia 1540, el modelo político diseñado por los consejeros de Carlos V de una

⁴³ L. Díez del Corral, *op. cit.*, pp. 25-47.

⁴⁴ S. Arnoldsson, *op. cit.*, pp. 45-47.

Europa identificada con el principio de las «Humanistas Christiana» regulada por el Emperador había entrado en crisis:

«La escalada protestante —nos dice García Cárcel— con la apertura de una compleja frontera de catolicidad que había que vigilar junto a la tradicional frontera de la cristiandad que exigía el acoso musulmán, y las primeras agitaciones sociales del Estado moderno junto al progresivo avance de las conciencias nacionales, condenaron la idea imperial y europeísta al fracaso.»⁴⁵

Por eso, cuando Campanella, en su *Monarchia di Spagna* y en otros escritos de su primera época, alegue que «el Imperio español, más que todos los demás, está fundado en la oculta providencia de Dios y no en providencia y fuerzas humanas», defendiendo que «esta Monarquía de España, que abraza todas las naciones y abarca el mundo, es la misma del Mesías»⁴⁶, puede dar la impresión de ir contracorriente con la época. Claro que el ideal de la Monarquía Universal no había sido abandonado todavía por muchos, pero las resistencias prácticas a la misma iban cobrando cada vez mayor fuerza⁴⁷.

Porque la imagen que a estas alturas los europeos tenían del poder de los Habsburgo se correspondía bastante más con la que el propio Campanella acuñara en *Le Monarchie delle Nationi* (1635), su texto más rabiosamente anti-español: la inmensa serpiente que desde sus tres cabezas europeas —España, Italia, Alemania— se extendía en torno a toda la tierra, abrazando y constriñendo el globo bajo su insoportable tiranía.

Avaricia, usurpación, tiranía y crueldad serían, a juicio del resto de Europa, los vicios supuestamente inherentes a esta Monarquía esponjosa. Ya en los primeros conflictos entre Carlos V y Francisco I, éste intentaría explicar su rivalidad con el Emperador como resultado de la ambición insaciable de su enemigo, tratando de presentar a Francia como defensora de las libertades europeas frente al arrogante poder de los Habsburgo. En un curioso poema burlesco de esta época, la *Maigre Entreprise*, escrito en latín macarrónico, se retrataba a Carlos V como el «Janot d'Espagne» a quien se le había metido en la cabeza conquistar el mundo entero y «tragarse a Francia de un bocado»⁴⁸.

Idénticas acusaciones aparecen en un folleto titulado *Supplicatio Unto the Queen's Majesty*, de época de María Tudor, en el que se alertaba acerca de los peligros que amenazaban a Inglaterra si, siguiendo las presiones del Papa y el clero católico, el príncipe Felipe era coronado rey: «porque será causa de que

⁴⁵ R. García Cárcel, *op. cit.*, p. 21.

⁴⁶ Sobre Campanella ver L. Díez del Corral, *op. cit.*, pp. 305-349.

⁴⁷ Ver P. Fernández Albaladejo, «Imperio de por sí: la reformulación del poder universal en la temprana Edad Moderna», en *Fragmentos de Monarquía*, Madrid, 1992, pp. 168-184.

⁴⁸ J. López Barrera, «Libros raros y curiosos. Literatura francesa hispanófoba de los siglos XVI y XVII», en *Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo*, t. VIII (1925), pp. 83-95.

el noble reino de Inglaterra sea sometido al cautiverio y esclavitud, tal y como el Emperador ha hecho con Nápoles, Milán y sus Países Bajos»⁴⁹.

Repetido una y otra vez, el cargo de ambición infinita contra los Habsburgo españoles se hizo común durante el reinado de Felipe II. La victoria sobre Francia, la hegemonía en Italia y la incorporación de Portugal no hicieron sino acrecentar y confirmar la imagen. En Inglaterra el episodio de la Armada corroboró la idea de criminal ambición de España de dominar el mundo. Tal y como lo expresara Thomas Nashe, Felipe II parecía «dispuesto a devorar a toda la cristiandad con su invasión»⁵⁰.

Las *Memorias* de Richelieu están aún llenas de inquietud provocada por el deseo español de convertirse en dueños de Europa. Víctimas de su «desenfrenada codicia usurpadora» habían sido tradicionalmente los monarcas franceses, claro, tal y como en 1625 continuaba repitiendo C. Balthazard en su célebre *Tratado de las usurpaciones de los reyes de España sobre la corona de Francia desde Carlos VIII*, tantas veces reeditado en los años siguientes. Guez de Balzac lo expresaría con su mordacidad habitual: «Los españoles son ciertamente, más verdaderamente que lo fueron los romanos, los ladrones de todas las tierras y los piratas de todos los mares... Si acaso estuvieran seguros de que esas grandes sombras que se observan sobre la luna fuesen sus provincias y reinos, tal y como defendió Galileo, se consagrarían a encontrar un camino que les llevara hasta ellos»⁵¹.

2. SO CAPA DE RELIGIÓN

Lo peor era que esa ambición desmedida de los monarcas españoles aparecía siempre encubierta bajo un piadoso manto: la defensa de la Cristiandad y de la auténtica religión —la católica— en todo el orbe. Una vez más, la acusación era antigua. Ya para Maquiavelo y Guicciardini, el Rey Católico no había ido, precisamente, un modelo de religiosidad y de servicio al Sumo Pontífice, a quien —decían— pretendía utilizar en su provecho⁵². También los publicistas franceses de época de Enrique II acusaron al Emperador de «bajo la máscara de la religión y santidad, traer la confusión a todas las cosas, establecer la tiranía en Italia y despojar al rey de aquello que le pertenece»⁵³.

Como siempre, la acusación se generalizó bajo Felipe II. La excusa de la religión no pretendía sino ocultar la ambición, la crueldad y el afán totalitario del Rey Católico, quien, en definitiva, confundía los intereses de la religión con sus propios deseos hegemónicos. La famosa frase de Sixto V de que la

⁴⁹ Cit. por J. Thomas, *op. cit.*, p. 240.

⁵⁰ Cit. por W. S. Maltby, *op. cit.*, p. 98.

⁵¹ Cit. por H. Méchoulan, *op. cit.*, p. 425.

⁵² L. Díez del Corral, *op. cit.*, p. 314.

⁵³ Cit. por R. García Cárcel, *op. cit.*, p. 47.

«defensa de la religión católica, que es el objetivo principal del Papa, es sólo un pretexto para el rey de España que, como soberano temporal, procura sobre todo conservar y extender sus dominios», fuera o no pronunciada, es sumamente expresiva de un sentimiento compartido por importantes sectores de la Europa del momento ⁵⁴.

Para la publicística inglesa, desde luego, el catolicismo español no era sino mera hipocresía: «en materia de religión se necesitaría todo un volumen si yo me propusiera decir cuán irreligiosamente cubren sus sórdidas y ambiciosas pretensiones con ese velo de piedad», «los españoles eran y son poco menos que ateos, y sólo se valen del Papa para sus particulares ambiciones y fines, para confirmar y establecer (su poder) en monarquías ilegítimas y, so capa de religión, para hacer esclavos o súbditos» ⁵⁵.

También para los «anti-ligueurs» en Francia, el motivo religioso no era más que una excusa para apoderarse del reino como previene la *Sátira Menipea*: «Todo buen católico ha de creer, so pena de censura eclesiástica, que el piadoso rey de España se desprenderá de sus reinos de Nápoles, Portugal y Navarra, y aún del ducado de Milán y del Condado de Rosellón —católicamente usurpados por él y los suyos— con tal de que todos los franceses sean buenos católicos» ⁵⁶.

En adelante, el pensamiento político francés acusará continuamente a España de utilizar sin vergüenza aquello de lo que teóricamente abominaba: las recetas de Maquiavelo. Incluso cuando no se discute la sinceridad del celo religioso español, siempre se señalará que éste pasa a un segundo plano, al servicio de la política expansionista. La razón de Estado pasa por encima de la Cruz. Tema que cobrará un renovado vigor en visperas del rompimiento de 1635, cuando los publicistas del círculo de Richelieu tenga que justificar su política antiespañola y, sobre todo, las alianzas francesas con otros príncipes protestantes. *Le Catholique d'Etat* de Jeremías Ferrier constituye un buen exponente de este género, acusando de hipocresía y maquiavelismo a la política española con un escepticismo no exento de sarcasmo: «Como si Dios perdiese su Imperio en caso de que los españoles perdiesen el camino de la Valtelina» ⁵⁷.

Para sostener tan gran hipocresía, el poder español usa de la astucia y la simulación, y por ello tiene tanta afición a las grandes ceremonias. Pero no es

⁵⁴ J. Pérez, «Felipe II ante la historia. Leyenda Negra y guerra ideológica», en *La imagen internacional de la España de Felipe II: leyenda negra o conflicto de intereses*, Valladolid, 1980, pp. 17-34.

⁵⁵ Cit. W. S. Maltby, *op. cit.*, pp. 41-42.

⁵⁶ Soledad Arredondo (ed.), «La "Satire Menipée". Primera traducción castellana», en *El Crotalón. Anuario de Filología Española*, n.º 2 (1985), pp. 229-258.

⁵⁷ M. Devèze, «1635. Le Heurt idéologique franco-espagnol», en *Actes du 94e Congrès national des sociétés savantes (Pau, 1969)*, París, 1971, t. I, pp. 23-38 y J. M. Jover, *1635. Historia de una polémica y semblanza de una generación*, Madrid, 1949.

posible fiarse nunca de él porque, además, los españoles no consideran obligatorio mantener la palabra dada al enemigo, mucho menos si es hereje.

3. LA TIRANÍA ORIENTAL

Las invectivas contra la Monarquía y su política, se encarnaron en primer lugar sobre los reyes. En un elemental proceso de manipulación de la realidad, se trató de poner en entredicho la legitimidad y abolengo de la dinastía de los Habsburgo. Salavert nos ha descrito cómo la publicística francesa acabó consolidando esta imagen durante las guerras de religión:

«los Habsburgo pertenecían a una línea advenediza, que tras azarosas circunstancias, fruto de herencias femeninas, reunieron extensísimas posesiones bajo su cetro. No podía ser otra que la altivez la característica definitoria de unos reyes tan rápidamente encumbrados y descendientes de los inhumanos godos y los despiadados e infieles sarracenos. La tiranía caracterizaba su política, que respondía a una triple e inconfesable motivación: avaricia, crueldad y usurpación.»⁵⁸

No es necesario insistir en la importancia que tuvieron los ataques lanzados por Guillermo de Orange contra Felipe II en la inspiración y confirmación de esta imagen. Atacado y vilipendiado más que su padre o sus descendientes, el Rey Prudente se acabaría convirtiendo en la encarnación misma de la tiranía española. Se le acusará de practicarla con su propia familia —D. Carlos, Isabel de Valois—, sus servidores más cercanos —Escobedo, Antonio Pérez, la princesa de Eboli—, y con la generalidad de sus súbditos —en América, los Países Bajos, Italia, etc.—. La literatura antifilipina acabó convirtiéndose en una fecunda e independiente rama de la leyenda negra, pero de enorme influencia sobre el conjunto. Como indicara Juderías, «Lentamente, imperceptiblemente, estos caracteres adjudicados al personaje simbólico (Felipe II) trascienden y se hacen propios del pueblo que rigió...»⁵⁹.

Características de estos monarcas eran dejarse aconsejar por personajes siniestros y despóticos (Granvela, Alba, Olivares...), responsables en parte de su política. Con frecuencia se presenta al rey dominado por la nobleza o el clero: «El Estado de España —señala Roger Williams—, está gobernado por dos clases de gente, capitanes y clero. Los capitanes animan al rey a entrar en guerra para conservar su abundancia y su grandeza, lo mismo hace el clero para mantener su calidad contra la de la religión (protestante)»⁶⁰.

De todo ello resultaba un gobierno insoportablemente tiránico e inmise-

⁵⁸ V. L. Salavert Fabiani, «El denuesto francés...», pp. 397-397.

⁵⁹ J. Juderías, *op. cit.*, p. 207.

⁶⁰ Cit. por W. S. Maltby, *op. cit.*, p. 61.

ricorde: «Los reyes de España no perdonan jamás a los criminales, no representan a Dios que para ellos es fuente de Justicia sin ninguna misericordia... Esta severidad en la justicia, sosteniendo siempre el bastón en la mano, es más bien la actitud de un príncipe que manda sobre esclavos o bestias salvajes que la de un Rey que reina sobre un pueblo franco e ingenuo como los Reyes de Francia»⁶¹. El poder español no respetaba leyes ni costumbres allí donde se asentaba, sometiéndolo todo a su tiranía, equiparada a menudo con el despotismo oriental: «Donde llega el español se sienta a modo de señor absoluto, silenciando todas las leyes excepto las suyas propias, que son las de los Medos y los Persas, así como las de Dracón, escritas con sangre»⁶². Paradójicamente, los mismos que rechazaban y denunciaban la tiranía y el imperialismo español rechazaban también los planteamientos pactistas y la doctrina del tiranicidio de los jesuitas Mariana y Suárez.

En la caracterización tradicional de los monarcas españoles entrarán pronto a jugar parte El Escorial —como representación máxima de la pretensión divina de la política española—, y el solemne ceremonial de Borgoña, dentro del cual parece esconderse un soberano hiératico («que obra y se mueve con el aire de una estatua animada»), con claras reminiscencias orientales («como los Asirios»). Luis XIV, en sus *Memorias* escritas para el Delfín y en sus cartas a Felipe V, rechazaría de plano esta actitud: «existen naciones en que la majestad de los reyes consiste en gran parte en no dejarse ver, y esto puede tener sus razones en espíritus acostumbrados a la servidumbre, que solo se gobiernan mediante el temor y el terror»... «No os encerréis nunca en la molición vergonzosa de vuestro palacio»⁶³.

4. LA TIRANÍA Y CRUELDAD INQUISITORIAL

Representada siempre bajo la insignia del terror, la Inquisición constituyó uno de los temas fundamentales de la publicística antihispana y se acabó convirtiendo en la institución más conocida y representativa de la tiranía española, susceptible de ser introducida allí donde la Monarquía Católica ponía el pie.

Conocida en Europa a través del *Libro de los Mártires* (1554), de John Foxe, y de la *Exposición de algunas mañas de la Santa Inquisición española* (1567), de Reginaldo González Montes, los numerosos y truculentos relatos acerca del Tribunal Santo Oficio se multiplicaron a partir de la rebelión de

⁶¹ Cit. por H. Méchoulan, *op. cit.*, p. 428.

⁶² Cit. por Ph. W. Powell, *op. cit.*, p. 109.

⁶³ Cit. por J. M. Morán Turina, *La alegoría y el mito: la imagen del rey en el cambio de dinastía (1700-1759)*, Univ. Complutense, 1982, p. 130.

los Países Bajos, justificada en sus inicios por la supuesta pretensión de Felipe II de introducir allí la Inquisición española ⁶⁴.

Los rasgos que se destacaron en Inglaterra y Holanda del Santo Oficio español fueron la falta total de garantías jurídicas en el procedimiento, la ambición confiscatoria de los inquisidores, sus tóricas cárceles, el sadismo de los jueces «siempre sedientos de sangre», y la práctica de bárbaras torturas ⁶⁵.

Los publicistas franceses, en cambio, se empeñaron en desenmascarar su carácter político, resaltando su sometimiento directo a la autoridad del soberano, para advertir que era el brazo ejecutor de la tiranía de éste. Según Jean Vignier (1608), la Inquisición era una invención «para confirmar la tiranía de los reyes y satisfacer la crueldad y avaricia de los prelados y los que viven de la marmita de la Inquisición, sometiéndolo a pequeños y grandes»; y el *Antiespañol*: «bajo el falso pretexto de la religión envía miserablemente a la muerte a todos aquellos que detestan la tiranía española» ⁶⁶.

5. LAS LÁGRIMAS DE LOS INDIOS

Uno de los filones más fecundos de la leyenda negra fue, desde luego, el de la colonización española en América. El relato de las crueldades cometidas con los indios americanos, explotado con indudable maestría por la publicística antiespañola, cumplía dos funciones bien claras. Primero, servir de ejemplo de la insoportable tiranía del dominio español, experimentado tempranamente en América por los inocentes indios. Y, en segundo lugar, rechazar la legalidad del monopolio español sobre las tierras americanas, sus riquezas y su comercio ⁶⁷.

El texto de Girolamo Benzoni *Historia del Mundo Nuevo* (1565) fue pionero en dar a conocer en Europa los excesos y las crueldades a las que los conquistadores se habían entregado en América con el fin exclusivo de arrancar a la tierra sus riquezas. Basándose en los relatos de López de Gómara, Pedro Mártir de Angleria, Fernández de Oviedo y Pedro Cieza de León, Benzoni seleccionó todos aquellos fragmentos que podían servirle para ilustrar la indescriptible violencia y crueldad de los españoles, a quienes retrataba como bestias ferozmente sanguinarias: «De dos millones de indios que había en esta isla (Santo Domingo), entre los que se suicidaron y los que murieron víctimas de las fatigas o de la crueldad de los españoles, no quedan

⁶⁴ H. Scheper, «Flandes y su Leyenda Negra», pp. 118-120 y N. Castrillo Benito, *El «Reginaldo Montano»: primer libro polémico contra la Inquisición española*, Madrid, 1991.

⁶⁵ W. S. Maltby, *op. cit.*, pp. 40-58.

⁶⁶ R. García Cárcel, *op. cit.*, pp. 50-53.

⁶⁷ Además del libro clásico de R. D. Carbia, *Historia de la leyenda negra hispanoamericana*, Buenos Aires, 1943, una excelente puesta al día bibliográfica en R. García Cárcel, *op. cit.*, pp. 221-253.

hoy ni ciento cincuenta mil. Este ha sido el modo de hacerlos cristianos. Y lo que les ha sucedido a estos isleños les ha ocurrido a los demás en Cuba, en Jamaica, en Puerto Rico y en otros lugares... En suma, yo afirmo que donde los españoles han desplegado sus banderas, han dejado con su grandísima crueldad una huella de odio eterno en los nativos»⁶⁸.

La utilización de fuentes españolas revestía a este tipo de obras de una especial autoridad —«leed lo que los propios españoles han escrito sobre sus actos contra los Indios»—. Pronto, a las primeras crónicas y relatos de los conquistadores, se añadió una fuente privilegiada donde encontrar todo un amplio repertorio de los agravios y crímenes: *la Brevisima Relación* del padre Las Casas, que cuantificaba los indios muertos por los españoles entre 30 y 50 millones. Publicada por primera vez en Sevilla en 1552, sus primeras traducciones a otras lenguas datan sin embargo de fechas posteriores a la reuelta de los Países Bajos. La primera de ellas, en francés, fue editada con un título enormemente significativo: *Tiranías y crueldades de los españoles perpetradas en las Indias Occidentales... para servir de ejemplo y advertencia a las XVII provincias de los Países Bajos*. Pero la edición que estaba llamada a disfrutar de un mayor éxito fue, sin duda, la de Frankfurt de 1597 preparada por Teodoro de Bry e ilustrada con las láminas de Joost de Winghe. Láminas que describían minuciosamente los tormentos aplicados por los españoles a los indefensos indios y que acompañarían desde entonces a casi todas las reediciones de la *Brevisima*. Frente a los primeros retratos idealizados del indio como «buen salvaje», la actuación de los españoles quedaba fijada como paradigma de la crueldad, el asesinato y la depredación⁶⁹.

En Francia, lo mismo que en los Países Bajos, el tema de la colonización americana fue explotado con una gran fortuna durante las guerras de religión, y con bastante más eco que en su momento tuvieron los relatos de la matanza de hugonotes de La Florida llevada a cabo por Pedro Menéndez de Avilés en 1565: «Esos vellacos están ya preparados para sembrar por allá nuevas Colonias con nuestras mujeres e hijos, igual que miserables esclavos nosotros cavaremos las minas de las Indias, donde está destinada la juventud francesa...»⁷⁰.

Inglaterra sostuvo un interés muy particular por el tema americano, debido antes que nada a su rivalidad con España en el Atlántico, y lo mantuvo vivo durante el siglo XVII. Richard Hackluyt, Walter Raleigh, Thomas Gage, Daniel Neal, Samuel Purchas... y otros muchos autores se inspiraron en Las Casas y en los cronistas para rechazar de plano el monopolio español en América. La *Brevisima* tuvo el don de reaparecer siempre durante los conflic-

⁶⁸ *Ibid.*, p. 237.

⁶⁹ G. D. Vibius y M. Hoogeveen, «A Legend in Black and White: the American Indian as Propaganda in the Eighty Years War», en *La imagen del indio en la Europa Moderna*, Sevilla-CSIC, 1990.

⁷⁰ Cit. por M. Yardeni, «Antagonismes nationaux...», p. 279.

tos con España. Y en 1656, cuando las tropas de Cromwell asediaban Jamaica, apareció una nueva traducción hecha por John Phillips con el dramático título de *Las lágrimas de los indios*⁷¹.

6. LOS TEMIDOS TERCIOS

Punta de lanza del poder de la Monarca Católica, claro, eran sus ejércitos. Pese a la composición multinacional de tales tropas, el soldado español fue el centro siempre de ellas a ojos de la opinión internacional, representando incluso a la nación entera.

Los españoles impresionaron desde el primer momento a los italianos por sus aptitudes bélicas y castrenses que tan rápidamente les habían entregado la hegemonía en Italia. Gonzalo de Córdoba fue ensalzado por ellos como modelo de militar superior a cualquier condottiero. Un siglo consecutivo de victorias en casi todos los escenarios bélicos dieron a los españoles sobrada fama y reputación como soldados, pero también les hicieron temibles. Se alababa su tenacidad, su capacidad para soportar fatigas y una especie de valor temerario que se consideraba consecuencia directa de la «caldezza» inherente al carácter español⁷². Teniendo España su ascendiente bajo el signo de Sagitario, se pensaba que eso hacía a sus hombres «coléricos y turbulentos», y con una especial predisposición para las armas⁷³.

Sin embargo, los italianos fueron también pioneros en vivir otra difícil experiencia: los alborotos y saqueos a que daban lugar los motines de las tropas del Rey de España, endémicamente mal pagadas. Una experiencia casi cotidiana en los Países Bajos. En Italia, el saco de Prato (1512) y el de Roma (1527) causaron una profunda impresión. Violencias, saqueos, violaciones, rapiña, sacrilegios..., en los que a los españoles se les atribuyó un triste protagonismo: «Los más inventivos en el arte de arrancar tesoros y en idear métodos de tortura... peor que todos»⁷⁴. Guicciardini lo explicaba así en su *Historia de Italia*: «porque si bien por muchos siglos había sido grande en Italia la licencia de los soldados, con todo, la habían aumentado infinitamente los infantes españoles por causa, si no justa, a lo menos necesaria; porque en todas las guerras de Italia habían sido muy mal pagados»⁷⁵.

La imagen del soldado español como especialmente cruel y devastador se popularizó durante la guerra de los Países Bajos. Como antes lo hiciera el de Roma, el Saco de Amberes de 1585 impresionó profundamente a Europa, y las cifras de muertos, las crueldades cometidas y la magnitud del desastre fueron

⁷¹ W. S. Maltby, *op. cit.*, pp. 19-39 y 146-163.

⁷² S. Arnoldsson, *op. cit.*, pp. 66-69.

⁷³ J. M. Díez Borque, *La sociedad española y los viajeros del siglo XVII*, Madrid, 1975, p. 62.

⁷⁴ S. Arnoldsson, *op. cit.*, pp. 26-34, A. Chastel, *El Saco de Roma, 1527*, Madrid, 1986.

⁷⁵ L. Díez del Corral, *op. cit.*, p. 65.

desorbitadas y aprovechadas hábilmente por el bando rebelde para defender su causa y extender por el continente el pavor antiespañol. De nuevo la experiencia de un pueblo sometido a la tiranía española debía servir de aviso a los restantes ⁷⁶.

Durante las guerras de religión francesas, los minuciosos y escabrosos relatos de la masacres, las violencias y las devastaciones cometidas en Flandes, lo mismo que en América, buscaron desviar hacia el soldado español —comparado incluso con el turco— las iras provocadas por la sanguinaria barbarie de todos los ejércitos en liza. El siguiente fragmento del popularísimo *Antiespañol* (1590) puede considerarse paradigmático:

«la insaciable avaricia (de los españoles), su crueldad mayor que la del tigre..., su incendio de casas, su detestable saqueo y pillaje de aquellos grandes tesoros que de todas partes de Europa se habían reunido en suntuosos palacios, su lujuriosa e inhumana desfloración de matronas, esposas e hijas, su incomparable y sodomítica violación de muchachos, que los semibárbaros españoles cometieron en presencia de burguesas entrados en años que eran padres, esposos o parientes de aquellas atormentadas víctimas que, para apenarlos más mientras ellos cometían todas estas execrables villanías y escandalosas crueldades, les ataban y encadenaban a los pies de la cama o en otros lugares y, por último, el general tormento y matanza de los pobres y míseros ciudadanos» ⁷⁷.

A estas alturas comienza a omitirse ya cualquier expresión de admiración hacia las tropas españolas. El militar español, envalentonado cuando lleva la victoria de su padre, no es sino ruin y cobarde cuando, en cambio, pierde la batalla o es hecho prisionero por el enemigo. Su valor, entonces, no es sino bravuconería.

Expresión de esta imagen fue también una versión a menudo más benigna, pero también desfavorable del soldado español. Se trata del Rodomonte, el soldado fanfarrón, personaje literario creado a medias para divertir y a medias para ridiculizar a los españoles. En Italia, a finales de siglo XVI, el capitán español llegó a ser uno de los tipos insustituibles de la *Commedia dell'Arte*, provocando la risa del espectador con sus fanfarronadas desorbitadas y altisonantes ⁷⁸. En Francia fue Brantôme, archipanófilo declarado, quien inauguró involuntariamente el género de las Rodomontadas al coleccionar toda una serie de bravatas, alardes burlescamente heroicos y desplantes ingeniosos que el recopilador consideraba muy característicos del genio español ⁷⁹.

⁷⁶ W. S. Maltby, *op. cit.*, p. 77.

⁷⁷ R. García Cárcel, *op. cit.*, p. 49.

⁷⁸ S. Arnoldsson, *op. cit.*, pp. 72-73.

⁷⁹ M. Chevalier, «Brantôme, hispanista», en K. H. Korner y M. Vitse (eds.), *Las influencias mutuas entre España y Europa a partir del siglo XVI*, Wiesbaden, 1988, pp. 49-56, J. López Barrera, «Libros raros y curiosos. Brantôme y el género bufo y grotesco de las "Rodomontadas españolas" en la literatura francesa», en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, nums. 1, 2 y 3 (enero-marzo 1923), pp. 56-81, V. L. Salavert Fabiani, «Honor y guerra en la sociedad hispana

El género fue continuado en Francia, con bastante peores intenciones, y transmitido a Inglaterra. A comienzo del siglo xvii, Antonio Pérez escribía desde París que allí no había hombre «que no guste de ver en una comedia un fanfarrón español»⁸⁰.

El Rodomonte fue también objeto de grabados caricaturescos que lo representaban ridículamente ataviado, con las botas desafortadamente acampañadas, la cabeza embutida en una gorguera de varios pisos, la capa enorme, la espada hasta los pies, el puño en el costado desafiando y la nariz de indudable perfil judaico⁸¹.

7. LA ALTIVEZ ESPAÑOLA: ARISTOCRATICISMO E HIDALGUÍA

Otro rasgo del carácter dominador español eran su insoportable soberbia y altivez, muy característica de sus permanentes pretensiones hidalgas. Ya los italianos satirizaron cuanto pudieron los «humos de hidalgo» que cada español llevaba dentro y su ridícula gravedad y ceremoniosidad. Orgullo y altanería, acompañados de un concepto imaginario de su propia y peculiar «Grandeza», fueron ingredientes que desde muy pronto entraron a formar parte consustancial del prototipo español.

Al tipo del hidalgo orgulloso correspondía una excesiva dignidad, la observancia solemne de las ceremonias y un idioma afectado recargado de frases corteses. Una cortesía exagerada que, caricaturizada, movía a risa, pero que no dejó tampoco de contemplarse con una cierta admiración⁸². El teatro europeo se llenaría durante un siglo y medio de parodias intencionadamente afectadas y altisonantes de los hidalgos hispanos, los «don Diego» de la *Commedia dell'Arte*, o del drama isabelino, herederos directos del soldado Rodomonte francés. El don Diego del *Alquimista* de Ben Jonhson, o el don Adriano de Armado —caricatura probablemente de Antonio Pérez— de los *Trabajos de amor perdidos* de Shakespeare son sólo un ejemplo⁸³.

Altívez, orgullo y ceremoniosidad fueron actitudes que los representantes y embajadores del Rey Católico se ocuparon celosamente de representar ante todas las cortes europeas, luchadores incansables por la precedencia diplomática del Rey Católico.

Pero la altívez del carácter español, lo mismo que el valor de sus solda-

del xvi. El relato del saqueo y su manipulación galófoba», en *Jerónimo Zurita. Su época y su escuela*, Zaragoza, 1986, pp. 283-294.

⁸⁰ Cit por J. Caro Baroja, *El mito del carácter nacional. Meditaciones a contrapelo*, Madrid, 1970, p. 65.

⁸¹ J. López Barrera, «Libros raros y curiosos. Literatura hispanófoba...», en *Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo*, vol. VII (1925), p. 93.

⁸² S. Arnoldsson, *op. cit.*, p. 74.

⁸³ W. S. Maltby, *op. cit.*, pp. 116-117.

dos, solía ser mera fachada. Se mantenía allí donde el español se consideraba seguro y superior, pero se desmoronaba y convertía en hipócrita humildad cuando resultaba vencido: «debemos aprender a despreciar a aquellos magníficos don Diegos y caballeros españoles cuyas heroicas proezas son baladronadas y alardes, y ellos mismos, en su mayor parte, son sombras sin sustancia»⁸⁴.

Aparte, este hidalgo, este noble español, solía ser inculto: «Los grandes son ignorantes y orgullosos y se burlan de los estudios y el comercio, teniendo ambas profesiones por indignas de un caballero»⁸⁵. Durante el siglo xvi fueron sobre todo los italianos quienes, como hemos visto, se sintieron culturalmente superiores e insistieron en la ignorancia de los españoles. Guicciardini decía de los españoles que no eran dados a las letras «y no se encuentra ni entre la nobleza ni en el resto de los habitantes, conocimiento alguno —o muy poco y entre muy pocas gentes— de lengua latina»⁸⁶.

Pero aunque en el antihispanismo europeo de los siglos xvi y xvii la falta de una cultura moderna y civilizada estaba latente en las acusaciones de brutalidad volcadas sobre los españoles, habría que esperar al Siglo de las Luces, para que la imagen del español como inculto y primitivo tomara definitiva carta de naturaleza y sanción general. Como ya dijimos, el gusto por la lengua y la cultura españolas convivieron pacientemente en la Europa de los siglos xvi y xvii con una enconada oposición política a la hegemonía española, sin apenas contradicción. Aunque quizás determinados géneros literarios en boga, como la picaresca, contribuyan a desenfocar aún más el retrato europeo de la sociedad española.

III. LA IMPUREZA RACIAL Y LA CONTAMINACIÓN RELIGIOSA

1. UN PAÍS POBLADO POR MARRANOS Y MUSULMANES

La idea de que los españoles eran un pueblo de mala raza y de ortodoxia dudosa se originó —como tantos otros conceptos anti-españoles— en la Italia del Renacimiento. La imagen de España como tierra fronteriza de la cristianidad, en permanente contacto con el Islam tuvo mucho que ver con esto, claro. Se suponía que los españoles habían mezclado constantemente su sangre con elementos no europeos y que la cultura islámica había ejercido una notable influencia en su lengua y en sus costumbres. Esta influencia cultural musulmana le había dado entonces a los españoles un aspecto más «oriental» que al resto de los europeos. Y a ello había que sumar la influencia judía, re-

⁸⁴ *Ibid.*, p. 84.

⁸⁵ Cit. por J. Juderías, *op. cit.*, p. 154.

⁸⁶ F. Guicciardini, *Viaje a España de Francisco Guicciardini, Embajador de Florencia ante el Rey católico* (traducc. y ed. de José M.^o Alonso Gamo), Valencia, 1952, p. 57.

cordada por el establecimiento de la Inquisición y la diáspora por el Mediterráneo después de la expulsión de 1492. De esta premisa de contaminación racial, resultaba inmediatamente la idea de que los españoles eran ya básicamente distintos al resto de las naciones cristianas.

A principios del siglo XVI el insulto «marrano» se utilizaba corrientemente en Italia para injuriar a los españoles. Los soldados de los tercios eran identificados con malhechores orientales no cristianos. Judíos y moros —se decía— habían participado en los sacos de Prato y Roma, recayendo sobre ellos la responsabilidad de las mayores profanaciones. Los insultos que los ciudadanos romanos lanzaron en 1527 al ejército sitiador son bien significativos: «Judei, Perfidi, Marrani, Hispani, Lutherani»⁸⁷.

De esta mezcolanza racial surgía un aspecto físico peculiar: «Los hombres de esta nación —aseguraba Guicciardini— son saturninos y de color adusto, oscuros de piel y de pequeña estatura»⁸⁸. La identificación de los españoles con la sangre judía y musulmana tuvo rápidamente un gran éxito en el resto de Europa. Ya vimos cómo en Alemania el término peyorativo «Welsch» les fue pronto aplicado a los soldados españoles que lucharon junto a Carlos V en la Liga Esmalcalda. Pero fueron, sobre todo, los franceses quienes hicieron un mayor hincapié en esta cuestión, enormemente fecunda a la hora de fabricar el estereotipo del español como el del antifrancés. Los españoles, dirán, son «africanos, cetrinos, acalorados». Rasgos físicos —con implicaciones en el fondo morales— que eran consecuencia de su origen racial, ya que los españoles descendían de «malvados visigodos» y de una «raza negra de Africa». Eran «una raza gótica y sarracena», contaminada además por sangre judía⁸⁹.

2. UN PUEBLO DE MALOS CRISTIANOS

Pronto, se difundió la idea de que los españoles, debido a sus contactos y a su mezcla con judíos y musulmanes eran, en el fondo, malos cristianos y herejes. En la Roma renacentista el ateísmo era conocido jocosamente como «il peccadiglio di Spagna»⁹⁰.

Guicciardini, en su *Viaje a España* destacó la gran contaminación religiosa que había resultado de la convivencia racial por lo que «todo el reino estaba lleno de judíos y herejes». Sólo la Inquisición —decía— y la expulsión de los judíos habían mitigado parcialmente esta situación pues, si no, «en pocos años toda España habría dejado de ser católica»⁹¹.

⁸⁷ S. Arnoldsson, *op. cit.*, pp. 91-94.

⁸⁸ F. Guicciardini, *op. cit.*, p. 54.

⁸⁹ M. Yardeni, «Antagonismes nationaux...», pp. 279-280.

⁹⁰ B. Croce, *op. cit.*, p. 42.

⁹¹ F. Guicciardini, *op. cit.*, pp. 61-62.

Pero si la imagen de una España en el fondo heterodoxa, era para los italianos un motivo más de superioridad frente a la nación que había implantado su hegemonía en tierra propia, constituyó toda una fuente de permanente inspiración para los publicistas que hubieron de escribir durante las guerras de religión. Porque entonces quedaba claro que los españoles no eran sino «moros y marranos en absoluto preocupados por combatir por la religión cristiana»⁹². No había más herejes en Alemania, los Países Bajos, Inglaterra o Francia que en España.

Los españoles no eran sino descendientes de gentiles y de cristianos nuevos contaminados por el judaísmo y el Islam. La Inquisición les estaba merecida, aunque sólo sirviera para hacer «más hipócritas y marranos que buenos cristianos». Así la idea de que la motivación religiosa de la política de sus monarcas no era sino mera hipocresía se confirmaba plenamente por la propia heterodoxia nacional de los españoles.

Y por eso los españoles hacían tanto alarde exterior de su religiosidad: «Son en sus demostraciones y en el aspecto exterior muy religiosos, pero no de hecho: usan de ceremonias infinitas, las cuales realizan con mucha reverencia, con gran humildad de palabras y de títulos, y con besamanos»⁹³. Pero se trataba de una simple ritualización exterior, en el fondo mascaradas sacrílegas, características de una beatería hipócrita. Muchos panfletos protestantes se burlarán de la afectada manera de rezar el rosario los españoles y de los violentos golpes de pecho que los devotos se aplicaban en el momento de alzar, que los mismos franceses consideraban extremadamente exagerados. La condesa d'Aulnoy, recogiendo al igual que tantos viajeros del siglo xvii los estereotipos ya leídos sobre los españoles, contaba en su *Viaje por España* que: «cuando el sacerdote alza la Hostia, las mujeres y los hombres danse muchos puñetazos en el pecho, produciendo tal ruido que al oírlo por primera vez, volvíme sobresaltada, temerosa de que algunos riñeran golpeándose ferozmente»⁹⁴.

3. INMORALIDAD SEXUAL

En conexión con la idea de la contaminación racial estaba la idea también de que algo sexualmente «impuro» o «malo» era inherente a los españoles. Según Arnoldsson, «la vida de las meretrices y de los mercenarios españoles en Italia, el ambiente que rodeaba a la familia Borgia en Roma y alguna otra circunstancia llegaron a imprimir su huella en la imagen italiana del español en el siglo xvi y se combinaron con la noción sobre la galantería espa-

⁹² M. Yardeni, «Antagonismes nationaux...», p. 280.

⁹³ F. Guicciardini, *op. cit.*, p. 57.

⁹⁴ J. López Barrera, «Libros raros y curiosos. Literatura hispanófoba...», p. 154.

ñola, creando ese concepto de pueblo extraordinario sensual y desvergonzado»⁹⁵.

En la literatura italiana del Renacimiento se caricaturizó a los españoles por su inclinación a las camas demasiado blandas y a mantener un aseo personal exagerado, por tener un interés desorbitado por las mujeres y mostrarse jactanciosos de sus éxitos amorosos. Lo curioso es que los españoles, a su vez, consideraban inmorales a los italianos y sus costumbres ligeras.

Ya vimos cómo los soldados de los tercios eran siempre acusados de cometer todo tipo de atropellos sexuales sobre las poblaciones vecinas, y tampoco las mujeres españolas gozaron de muy buena reputación, a las que Guicciardini reprochaba que, a pesar de las ventajas que disfrutaban en el régimen económico matrimonial, no tenían fama de «ser honestas»⁹⁶.

En pocas décadas, y merced a la difusión de la literatura española del Siglo de Oro, el mito de «don Juan» quedaría indeleblemente acuñado en la cultura europea como símbolo de la insaciable sexualidad española.

IV. EL GIGANTE DE LOS PIES DE BARRO

La mejor forma de exorcizar el fabuloso poder y la formidable amenaza que representaba la Monarquía Católica era representarla como un gigante con los pies de barro. Un inmenso edificio, cuyos débiles cimientos eran los reinos peninsulares: estériles, despoblados, desindustrializados, y cuyos habitantes, perezosos y orgullosos, mantenían comportamientos económicos absolutamente irracionales. De ahí su única y estrecha dependencia con las riquezas americanas. De ahí su necesidad de expansión geográfica y su ansia de depredación. España vivía continuamente del botín de guerra. Hackluyt expresó perfectamente esta idea en su *Discourse concerning Western Planting*, comparando a España con «una vasija vacía que, al ser golpeada, emite un gran ruido a una gran distancia; pero acérquese y obsérvela, no hay nada dentro»⁹⁷. La pobreza y la miseria eran, en ocasiones, resultado mismo de la naturaleza o del carácter de los españoles, y, en otras, consecuencias de la insaciable avaricia de sus monarcas, cuyo vestigio era el desolador rastro de arrasamiento que dejaban tras su paso.

1. POBREZA Y DESPOBLACIÓN DEL PAÍS

También en este aspecto, los primeros viajeros italianos fueron una fecunda fuente de inspiración. Algunos de estos rasgos aparecen ya claramente

⁹⁵ S. Arnoldsson, *op. cit.*, págs. 99-100.

⁹⁶ F. Guicciardini, *op. cit.*, p. 86, J. M. Díez Borque, *op. cit.*, pp. 88-89.

⁹⁷ Cit. por H. Kamne, *op. cit.*, p. 44.

insinuados por Guicciardini en su *Viaje a España*: «El país está poco poblado y se encuentran raras ciudades o castillos, y entre un lugar y otro no se encuentra siquiera una casa, pues, efectivamente, tiene pocos habitantes»⁹⁸. Esta idea de la despoblación sería repetida machaconamente por los viajeros franceses del xvii, ya en pleno siglo de la decadencia, convirtiéndose en uno de los mayores problemas que, a juicio del pensamiento mercantilista, sufría la Península, achacada por algunos publicistas a la insostenible presión fiscal que los Habsburgo imponían a sus súbditos y a los efectos de la tiranía inquisitorial⁹⁹.

Con la superioridad de quien pertenece al país más urbanizado de Europa y habita una de sus ciudades más egregias, Guicciardini dictaminó también desfavorablemente acerca de las ciudades españolas, en especial acerca de las del interior de castellano, pareciéndole que «fuera de algunas principales, las restantes son, en su mayoría, poblaciones pequeñas, tienen edificios muy malos y en su mayor parte de tierra, estando otras muchas llenas de fango y porquería»¹⁰⁰.

Para el embajador florentino, sin embargo, el país era fértil y abundante. Y si no era más rico, esto se debía a que las tierras estaban poco y mal cultivadas. Años después, en cambio, los venecianos rechazaron esta idea y optaron por subrayar las limitaciones de la geografía peninsular. Para Morosino España era mayor que Francia, «pero no tan fértil ni tan llena de gente, de donde resulta que muchas tierras quedan sin labrar, amén de las no pocas que son montañosas y estériles». Federico Cornaro insistiría en parecidos términos: «España es estéril por la aridez del suelo, por los vientos, por el calor excesivo y seco, pues fuera de algunas provincias que baña el mar, en lo interior del país no se encuentra una casa por espacio de jornadas enteras y los campos parecen abandonados e incultos». Poco a poco, esta imagen arraiga con tal fuerza que la aridez y la esterilidad del solar peninsular toman caracteres fantásticos, extendiéndose del secano cerealista interior hasta incluso la España húmeda del norte. El paisaje español ya no recuerda a Europa, sino a las tierras lejanas y salvajes de África y el Oriente: «El país causa la impresión de los desiertos de Libia o de los inmensos campos africanos»¹⁰¹. España se africaniza cada vez más en sus rasgos: «es el yermo por naturaleza, una cueva de lobos, el asiento mismo del hambre y la miseria»¹⁰².

⁹⁸ F. Guicciardini, *op. cit.*, p. 54.

⁹⁹ J. M. Díez Borque, *op. cit.*, pp. 111-112.

¹⁰⁰ F. Guicciardini, *op. cit.*, p. 54.

¹⁰¹ Cit. por J. Juderías, *op. cit.*, p. 153.

¹⁰² W. S. Maltby, *op. cit.*, p. 164.

2. LA PEREZA DE LOS ESPAÑOLES, EL ATRASO INDUSTRIAL Y COMERCIAL

Consustancial al atraso económico español era la pereza de sus naturales y el desprecio que éstos sentían por las actividades industriales y comerciales, idea de la que también los italianos fueron padres y principales difusores. Como señalara Arnoldsson, los italianos del siglo xvi ya no pensaban en el mercader catalán —competidor temido antaño— cuando describen al español en sus relaciones con el dinero. Ante todo se refieren al hidalgo o al hombre con maneras de hidalgo: «el español típico no era ya para ellos el mercader rival, sino el caballero inofensivo en la vida comercial e industrial, con desprecio aristocrático por los oficios mercantiles y por la economía metódica»¹⁰³.

Y estos rasgos se extienden a la mayoría de la población. Ya hemos visto cómo Guicciardini no creía que el país mismo fuera pobre, sino que la pobreza, donde aparecía, se debía a «la naturaleza de sus habitantes que no quieren dedicarse a trabajar». Ni artesanos ni campesinos quieren fatigarse, por lo que no trabajan si no es por extrema necesidad. Por ello muchos campos quedan sin cultivar, por eso se exportan las materias primas que produce el país, «para comprarlas después elaboradas por otros, como se ve con la lana y la seda que venden a los extranjeros para comprarles después los paños y tejidos». De ahí que «casi todos los artífices que hay en la Corte del Rey —nos cuenta— son franceses o de otras nacionalidades». E igual sucede con el comercio: «Si esta nación fuese industriosa y mercantil sería muy rica».

Porque los españoles no sólo procuran no trabajar por vagancia, sino que de hecho desprecian el trabajo mismo: «ya que todos tienen en su cabeza humos de hidalgos, y se dan mejor a las armas con pequeña provisión, o a servir a algún grande con mil privaciones y mezquindades». El retrato del español que prefiere guerrear o servir antes de trabajar queda ya perfectamente acuñado, entonces, desde fechas tempranísimas¹⁰⁴.

3. LA OSTENTACIÓN Y EL DERROCHE

Consustancial a esta mentalidad aristocrática, extendida horizontal y verticalmente por toda la Península, es la manía por la ostentación, mantenida a costa de una pobreza que sólo a duras penas se puede ocultar. El contraste con la miseria y la pobreza cotidianas, es el derroche inmoderado en las fiestas, en el vestir, en el querer aparentar riquezas: «si por caso tienen que gastar, lo echan sobre ellos mismos o en una mula, llevando encima más de lo

¹⁰³ S. Arnoldsson, *op. cit.*, p. 88.

¹⁰⁴ F. Guicciardini, *op. cit.*, pp. 54-56.

que les queda en casa, donde viven con extrema mezquindad, y de manera tan parca que es de maravillarse»¹⁰⁵..., «precianse tanto de la apariencia exterior, que gastan toda su hacienda en procurar trajes y vestidos»¹⁰⁶.

Los excesos suntuarios pasan a ser otro de los comportamientos marcadamente antieconómicos de los españoles, señalados una vez tras otra por los viajeros.

4. EL ORO DE AMÉRICA, RUINA Y RIQUEZA DE LA MONARQUÍA

La riqueza americana fue uno de los elementos que más contribuyeron a forjar un visión mítica del poder de la Monarquía española. Las remesas de metales preciosos convirtieron a Castilla en las Indidas de Europa, pero no sólo a nivel económico como lamentarían los arbitristas del siglo xvii, sino también a nivel simbólico, provocando las fantasías y las emociones más diversas en la imaginación de otros pueblos.

Sin embargo, desde que Jean Bodino publicara en 1568 su célebre respuesta a Malestroit acerca del origen de la revolución de los precios, se perpetuó también la idea de que los metales preciosos americanos habían sometido a un extraño cautiverio a la economía española, disparando la inflación interna y haciendo depender su consumo de las exportaciones extranjeras más baratas. Ya no era sólo que la pereza y la resistencia al trabajo manual de los españoles hubieran encarecido la mano de obra o que la exportación sistemática de materias primas hubiese disparado su precio. Es que ahora toda la economía inflacionista española dependía de la afluencia constante de metales preciosos y de la producción extranjera: «Sucede que el español, que todo lo obtiene de Francia, está ligado por una fuerza irresistible a tomar aquí los cereales, las telas, los paños, la hierba pastel, el papel, los libros, incluso la carpintería, y tiene que ir a buscarnos al fin del mundo el oro y las especias»¹⁰⁷.

Esta imagen sería esgrimida unas décadas después por la publicística francesa presentando la intervención española en el conflicto sucesorio francés como un intento descarado de colonización económica, ya que para su propia supervivencia España dependía de las exportaciones y de la emigración francesa para satisfacer hasta sus más perentorias necesidades¹⁰⁸.

También los embajadores venecianos, a finales del xvi, repetirían una y otra vez las patentes debilidades de la Monarquía española en relación con los territorios americanos: los gastos defensivos, los altos costes de su explo-

¹⁰⁵ *Ibid.*, p. 57.

¹⁰⁶ J. Botero, *Descripción de todas las provincias y reynos del mundo*, Barcelona, 1603, p. 4.

¹⁰⁷ L. Díez del Corral, *op. cit.*, pp. 440-441.

¹⁰⁸ V. Salavert Fabiani, «El denuesto francés...», pp. 399-400.

tación y, en definitiva, el escaso aprovechamiento de una riqueza que iba, en última instancia, a parar en manos de los extranjeros ¹⁰⁹.

En general, la idea de que la poderosa y omnímoda Monarquía Católica era, en el fondo, pobre y dependía que sus colonias y del resto de Europa acabó convirtiéndose en un lugar común generalmente aceptado y confirmado por los teóricos del mercantilismo. No hace falta insistir en la importancia que tuvieron las obras de los arbitristas españoles y sus denuncias en la consolidación de esta línea de pensamiento. El contraste entre los enormes ingresos de la hacienda real española, por un lado, y su permanente falta de dinero, por otro, no eran sino su confirmación patente. El retroceso económico, político y militar de la Monarquía a mediados del siglo xvii hizo la imagen más expresiva y convincente, dándole la categoría de verdad irrefutable y constituyendo uno de los ejes fundamentales de la interpretación de la Historia de España y de su proceso de decadencia. Así veía Leibniz en 1670 al estado de la Monarquía:

«No parece que pueda pensarse que España esté en condiciones de ir a más. La experiencia de todo un siglo ha puesto de manifiesto cuán frágiles, cuán odiados, cuán costosos y cuán peligrosos son todos aquellos ambiciosos proyectos por los que uno puede convertirse en sospechoso de buscar el dominio sobre otros. Asimismo, dicha experiencia enseña cuán caro, cuán incómodo es mantener la lealtad de países distantes, cuántos millones de plata americana han sido vertidos al agujero del océano germánico que no pueden recuperarse; cuán feliz podría haber sido este país si se hubiera limitado a disfrutar tranquilo de su tesoro y cuán pobre y cuán pobre en hombres y dinero ha llegado a ser por tantas expediciones lejanas» ¹¹⁰.

¹⁰⁹ R. García Cárcel, *op. cit.*, p. 235.

¹¹⁰ Cit. por J. de Salas, «España y los españoles en la obra leibniziana», en *Actas del Simposio sobre «La imagen de España en la Ilustración alemana (Madrid, 22 a 24 de mayo de 1991)*, Madrid, 1992, p. 66.